
ESPACIO
PLANETA
PACE

Law Space

EL PLANETA MALDITO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

PRÓLOGO

El «cosmo-cohete» procedía de Gaminedes. Era del tipo de los llamados «Cruceros del Espacio» y, sobre los dos pisos de bodegas y almacenes, situados a la misma altura que las cámaras de navegación y control, se levantaban ocho más; ocho pisos de lujosos camarotes, de salones suntuosos y salas de espectáculos, pistas de juegos, piscinas, bibliotecas y una «nursey» que era una verdadera maravilla, además de los dos hospitales y un pequeño campo artificial de golf.

Cada uno de los trescientos pasajeros del «Aigle» habían pagado una suma que hubiese bastado para comprar el mejor solar de Nueva York. El viaje, que duraba tres años, a la velocidad «super-luz», era el crucero más costoso de todos los que se hacían por entonces.

Diez viajes como aquél cubrían fácilmente la vida de un hombre y esto era, precisamente, en lo que pensaba el joven Opperheim, en su puesto de jefe de «telerradar», no lejos de la puertecilla entreabierta que daba a la sala de mandos.

«Diez viajes se comerán mi vida —se decía—, si ésta llega a los ochenta años; pero mucho antes me habrán jubilado, cuando ya no sea capaz de responder a los «tests» que se hacen periódicamente, y pasaré mis últimos años en una ciudad cualquiera, Dios sabe en qué planeta (pues no lo he pensado todavía), diciéndome que he estropeado totalmente una vida, encerrado en un monstruo como el «Aigle», contemplando eternamente el ir y venir entre las estrellas.»

No era una perspectiva risueña, sobre todo para un hombre que, como Frank, había empezado a estudiar ciencias psicológicas, allá en la

Universidad de Chicago, habiéndose permitido el lujo de ir a Berlín, donde asistió a unos cursos del célebre profesor Smaker, el creador de la escuela «pantelepática» que había revolucionado, en cierto modo, las ideas que sobre el cerebro de los humanos se tenía entonces.

Opperheim sonrió al recordar aquellos tiempos, que habían sido los más felices de su vida. Estaba plenamente convencido, por entonces, que su destino no podía ser otro que el de doctor en Psicología y había demostrado que sus pretensiones no se basaban en nada gratuito, sino que residían en una vocación hondamente anclada en su alma.

Pero la muerte de sus padres, después del incendio de la fábrica que su padre regentaba, y que había hecho posible los costosos estudios del joven, había echado por tierra todos los ensueños, todas las ilusiones, poniéndole cara a cara con una realidad que le hizo abandonar todo para poder subsistir.

En muy poco tiempo, el que le permitía los pocos fondos que le quedaron, hubo de preparar una especialidad que le permitiese encontrar un empleo lo bastante bien remunerado para vivir y seguir estudiando, aunque no fuese más que de una manera esporádica, anárquica, personal.

¿Y qué podía escoger que cumpliese mejor con su idea telepática que no fuese el radar?

Era, en el fondo, algo semejante; la comunicación a distancia entre dos cosas de orden energético. Y por eso, con el entusiasmo que ponía en todo cuanto hacía, logró un título de especialista en un tiempo record, ingresando, casi en seguida y con el número uno, en la más importante compañía de astronavegación, en la que fue destinado el «Aigle», uno de los mejores «cosmo-cohetes» que se habían construido hasta la época.

«Sistema Solar-Gaminedes».

Así rezaba el letrero que iba pintado sobre los costados de la astronave. Y aquellas palabras encerraban eso: Setecientos días de viaje, entre ida y vuelta, a una velocidad superlumínica, atravesando el espacio para llevar a aquella lejana constelación a los hombres de negocios y a los multimillonarios que deseaban conocer el límite de las conquistas humanas en el Cosmos.

Frank poseía una hermosa biblioteca particular que ocupaba gran parte de su cabina. Allí pasaba muchos ratos, cuando los aparatos automáticos se hacían cargo del «tele-rradar»; pero, dedicado

solamente a los libros, sin poder realizar ninguna clase de ensayo, se dolía de su limitado margen de estudios, recordando, con congoja, los laboratorios experimentales del profesor Smaker de Berlín.

¿Proyectos?

Tenía muchísimos y para eso ahorraba todo cuanto podía. Liberarse de la esclavitud de aquellos interminables viajes era su primer objetivo; pero, con mucha suerte, tendría que esperar una década para hacerlo, si todo iba lo bien que se podía esperar.

Ante él, media docena de pantallas, las generales, iban devolviendo las impresiones electromagnéticas del radar, que ahondaba en el espacio, tocándolo todo con sus largos e invisibles dedos ondulantes.

La parte más importante del trabajo de Opperheim era la detención de meteoritos errantes, cuerpos que podían interponerse en el camino de la astronave cuando menos se esperaba. Un mecanismo electrónico, de maravillosa precisión, conectado al piloto automático, evitaba las colisiones con cuerpos cuyo tamaño podía poner en peligro la cubierta metálica del «cosmo-cohete»; el resto, los meteoritos de pequeño tamaño, era despreciado, ya que a la proximidad de la astronave ardían, consumiéndose totalmente en décimas de segundo.

Aquellos invisibles centinelas que Frank manejaba eran como la sonda acústica para los barcos y de ellos dependía la seguridad de los vuelos del «Aigle». Y, aunque los aparatos podían resolver, por sí mismos, todos los problemas que se presentasen, el joven había de vigilarlos con frecuencia, mejorando su rendimiento o haciéndolos funcionar con mayor profundidad en aquellas zonas del espacio, que él conocía perfectamente, y donde algunos cuerpos errantes se movían a velocidad próxima a la de la luz.

Precisamente, en aquellos instantes, el «Aigle» penetraba en una de las zonas peligrosas, marcadas dentro de un círculo rojo en los mapas espaciales. Y Frank se veía obligado a abandonar su cabina, permaneciendo al lado de los aparatos, pendiente de las imágenes que iban apareciendo.

Faltaban tres meses para llegar al Sistema Solar.

Tres meses que sólo determinaban los relojes de a bordo; noventa días que el sistema cronológico artificial de la astronave intentaba hacer reales, haciendo que el procedimiento de iluminación siguiese el curso de un sol inexistente.

Así, desde la mañana, en que la iluminación principal se iba haciendo más intensa cada vez, hasta «mediodía», en que iniciaba su declinación, se daba la ilusión a los pasajeros del paso de un día interno, que nada tenía que ver con la eterna noche que reinaba fuera.

Opperheim sonrió tristemente.

Era como haber sido condenado a una especie de prisión voladora; una condena muy de aquel siglo y que le hacía recordar los castigos a galeras de los tiempos pretéritos.

¿Qué importaba la comodidad, el lujo, la distracción y la vida muelle que se llevaba a bordo del «Aigle»?

El tiempo era inexorable y nada podía hacer que se ignorase.

Por ejemplo: ¿no había asistido al envejecimiento del capitán?

Este era el segundo viaje que Frank hacía. Y, sin embargo, se había dado cuenta de que el número de canas en la cabeza de Dalton había aumentado tremendamente, que las arrugas de su frente se habían multiplicado y que la luz de sus pupilas era muchísimo menos intensa que la que el joven le había conocido. *

«Así me pasará a mí —pensó—. Poco a poco, sin que me dé cuenta, los viajes me irán modificando, llevándose mi vida a pedazos, robándome los años arteramente…»

Fue entonces cuando la pantalla que vigilaba el lado estribor de la astronave avisó, con una intermitente luz roja, que había «cazado» un objeto distante.

Interesado, Frank se acercó al aparato, observando detalladamente el objeto que, sobre la pantalla, no era más que una línea alargada, intensamente brillante.

El círculo graduado le determinó con una absoluta exactitud el lugar preciso donde se hallaba aquel objeto que, atraído por la gravitación propia del espacio-cohete, seguía a éste sin, no obstante, chocar con él, ya que debía seguir animado de un motor propio.

Una vez conocida la situación exacta del misterioso objeto, Opperheim pasó a la cabina contigua, dirigiéndose al aparato de control de la televisión externa, manipulando los mandos que iban a captar la imagen del objeto que acompañaba a la astronave.

Momentos más tarde, la pantalla se iluminaba y Frank podía reconocer perfectamente la clase de objeto que estaba ante él, observándolo con creciente oscuridad.

— Es un transmisor de emergencia… —dijo, en voz alta, hablando consigo mismo.

En efecto, el largo y estrecho cohete —un metro y medio de largo por sólo quince centímetros de diámetro— era uno de esos aparatos que llevan todas las astronaves y que son, en la inmensidad del espacio, lo que eran las botellas vacías para los náufragos de épocas pasadas. Los transmisores de emergencia podían ser largados, desde cualquier punto del cosmos, en dirección perfectamente rectilínea (iban propulsados por una pila atómica minúscula, pero que les daba una vida de cerca de un año).

En vez de los mensajes escritos que las antiguas botellas llevaban en su seno, abandonadas al albur de las olas y de las corrientes marinas, los transmisores de emergencia iban provistos de un sistema magnetofónico, con un mensaje completo y extenso del que lo había enviado.

Aquel objeto que flotaba fuera de la astronave, repelido por el campo magnético de protección «antimeteoros» era el S.O.S. de algún náufrago del espacio que, colocado en una situación difícil, había lanzado su mensaje, pidiendo auxilio desde algún punto lejano.

Profundamente interesado por aquello, Frank hizo que el campo magnético de aquella zona de la astronave desapareciese lentamente; así, el transmisor de emergencia cayó blandamente contra una de las compuertas que se abrió mecánicamente, haciendo que el objeto penetrase en el interior del espacio-cohete.

Abandonando la cámara de televisión externa, Frank Opperheim pasó al pasillo lateral, llegando, al cabo de pocos instantes, junto al objeto, que recogió no sin cierta emoción. Regresó después a la sala de televisión, conectando el «buscador» con el anagrama del comandante de la nave.

Lo puso en macha.

El «buscador» era un curioso aparato, formado por un emisor que inundaba el espacio con una serie de ondas de determinada longitud, correspondiendo al anagrama que se pulsaba en el aparato. El sistema de ondas del anagrama recorría la astronave, reaccionando solamente ante un receptor personal e intransferible que la persona requerida

llevaba, en emisión perpetua, en el interior de su reloj de pulsera. Las ondas chocaban con el minúsculo receptor que, a su vez, emitía otras ondas que ponían en marcha la pantalla más próxima.

De esa sencilla manera podía entrarse en comunicación televisada con una persona, sin necesidad de buscarla, sirviéndose de los teléfonos de la nave.

* * *

Alfred Dalton, el comandante del «Aigle», era un hombre delgado, nervioso, con un rostro cruzado por innumerables arrugas y unos cabellos en los que lo blanco iba dominando definitivamente al rubio color natural.

Nada tenía de extraño que su vitalidad se hubiese ido apagando rápidamente; la responsabilidad que llevaba sobre sus espaldas desde que se hizo cargo de aquel monstruoso «Crucero del Espacio» había sido demasiado grande y lo sería para cualquier hombre. Porque, a pesar de la maravillosa organización que reinaba en el «Aigle», por encima de su coordinación mecánica, la poderosa astronave seguía siendo, en el espacio, como aquellas carabelas colombinas del siglo XV.

Alfred Dalton estaba, en aquellos momentos, a la mesa del pasajero más importante que jamás había ido en el «Aigle». Porque indudablemente, Leo Templer era el hombre más conocido del Sistema Solar y sus almacenes y sistemas de venta de alimentos hidropónicos eran consumidos por más de cien mil millones de seres.

Para Templer, el precio de aquella travesía —con billete doble, ya que viajaba con su hija Sonia— era una cantidad despreciable. Y de igual manera, de no haber encontrado pasaje en el «Aigle», hubiese podido comprar una astronave o media docena, para él solo.

Sin embargo, a pesar de su fama de hombre implacable (y había de serlo para tratar con venusianos, jovianos, marcianos y habitantes de otras galaxias), era, fuera de los negocios, un hombre amable, buen conversador, ávido de nuevos conocimientos, y con un corazón que se enternecía' ante cualquier cosa. En privado su rebosante personalidad —pesaba más de doscientas libras— no ofrecía aquella silueta agresiva que parecía revestir detrás de la mesa de sus despachos, cuando

enviaba «lumigramas» a Gaminedes, a Pólux o a Alfa del Centauro.

En aquel momento/escuchaba atentamente al comandante Dalton, que le estaba relatando uno de sus viajes, cuando se vio obligado a luchar desesperadamente contra un remolino cósmico.

—Ha de pensar usted, míster Templer —decía Alfred — que el «Aigle» pesa muy cerca del millón de toneladas. Pues bien, aquel endiablado remolino nos zarandeó de lo lindo y la astronave parecía un trozo de corcho en un mar agitado.

Sonia Templer, que escuchaba con toda atención, el mentón sobre sus manos y los codos sobre la mesa, inquirió:

—¿Cómo lograron salir de aquel callejón, comandante?

—Dalton sonrió.

—Gracias a los reactores atómicos de emergencia, señorita Templer. Por fortuna, uno de mis hombres, Frank Opperheim, nos sacó del apuro, venciendo el vértigo que se había apoderado de todos nosotros. En aquellas condiciones el «Aigle» giraba sobre sí mismo, a una velocidad de seiscientas vueltas por segundo, nadie hubiera sido capaz de pensar, ya que estábamos pegados al suelo, incapaces de hacer el menor movimiento...

Sonia preguntó:

—¿Y ese... Opperheim logró vencer el mareo?

—A él no le afectó en absoluto, señorita. Además, nos lo quitó a todos.

—¿Cómo lo hizo?

El comandante se encogió de hombros, sonriendo al mismo tiempo.

—Nunca lo he entendido, señorita. Sé que Frank, antes de entrar a mi servicio, estudiaba psicología y telepatía... Pero, francamente, yo no entiendo ni un átomo de esas cosas... que, por otra parte, me parecían fantasía pura hasta que Frank nos demostró rotundamente lo contrario.

—¡Qué hombre más interesante! —exclamó la muchacha, suspirando.

Y fue en aquel momento cuando la pantalla televisora que había sobre la mesa se encendió, accionada por el «buscador», apareciendo en ella el rostro preocupado de Opperheim.

—Aquí lo tenemos —sonrió Alfred.

Y oprimiendo el botón de «comunicar»:

—¿Qué hay, Frank?

—Acabo de recoger un transmisor de emergencia, señor…

—¿Eh? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Hace un instante. A estribor.

—¿Lo tiene usted ya?

—Sí.

—Voy en seguida.

Y suprimió la comunicación.

Levantándose, sonrió a sus dos invitados, excusándose:

—Crean francamente que lamento…

Pero Sonia, que había visto lucir el interés en las pupilas de Alfred:

—¿De qué se trata, comandante?

—¡Sonia, hija mía! —gruñó Templer.

—Se trata de un mensaje que envía algún náufrago del espacio, señorita. Veremos lo que dice y si podemos hacer algo por él.

—¡Qué formidable! —exclamó la joven. Y con una melosa mueca hacia Dalton inquirió—: ¿No podríamos escucharlo papá y yo, señor?

El comandante miró al hombre de negocios.

—No sé si su padre tendrá interés…

—¿Es posible hacerlo? —inquirió Templer.

—Por mí…

El multimillonario sonrió.

—Sabré agradecérselo, Dalton. En realidad es algo que puede distraernos unas horas.

—Puede ser desagradable, señor Templer.

—Pero la advertencia se perdió en el vacío.

—¡Vayamos, papá! —suplicó ella.

—Vamos — Templer se puso de pie, siendo imitado por su hija.

—Vengan a mi cámara. Ordenaré a Frank que lleve el aparato allí.

Sonia sonrió con mayor intensidad, aprovechándose de que precedía a los dos hombres. La historia del náufrago del espacio podía ser muy interesante; pero Frank Opperheim era, por el momento, muchísimo más atractivo para ella.

Momentos más tarde entraban en la cámara del capitán, a la que no tardó en llegar Frank, cargado con el «traductor» y la parte interna del transmisor de emergencia, que ya había desmontado.

—Pase, Frank —invitó el comandante.

Saludó a los dos inesperados testigos, frunciendo el entrecejo, en signo de desaprobación; pero no dejó de sentirse ligeramente emocionado por la belleza de la joven.

—¿Lo ponemos en marcha, señor? —inquirió, mirando al comandante.

Todos ellos se habían sentado en los cómodos sillones fisiológicos, que se adaptaban a los cuerpos, sin causar ninguna sensación molesta.

—Póngalo en marcha, Frank.

La mirada del joven tropezó rápidamente con la de Sonia y ella le sonrió francamente.

Hubo un chasquido leve y casi en seguida una voz sonó, llena de una emoción indescriptible.

CAPÍTULO I

EMPEZÓ cuando planeamos el asalto al Banco Mundial de Londres.

Bart, Harold, Fred y yo pensábamos que tal empresa era completamente imposible; pero Mark estaba plenamente convencido de lo contrario… y terminó por convencernos a todos.

Mark es un tipo encerrado en si mismo, creo que se llaman egocéntricos; un hombre que se pasa el tiempo meditando en cosas que los demás no comprenden, pero que resultan formidables cuando están definitivamente elaboradas y listas para ser puestas en práctica.

Todo el mundo sabe que el Banco Mundial de Londres está tan sólidamente protegido que nadie puede soñar en atravesar sus puertas y, mucho menos, en llegar a la cámara acorazada, donde, según nuestras preciosas informaciones, existían doscientos kilos de oro purísimo en manejables lingotes de trescientos gramos.

El bocado merecía la pena; pero era como si nos hubiesen ofrecido algo imposible de realizar.

Por eso, cuando Mark Oían nos llamó y nos sentamos en su repugnante habitación del Soho, bajo mi presidencia, pues yo era el jefe de aquellos pillos, nos hizo sonreír al decirnos así, de sopetón:

—Lo del M. B., Banco Mundial, es perfectamente posible.

—¿Has logrado un filtro para hacerte invisible? —inquirió

Harold, moviendo su vientre al impulso de las carcajadas.

Porque Krimer era un verdadero fenómeno de feria; una especie de voluminosa masa de sebo, coronada por una cabeza minúscula. ¿Qué por qué llevábamos con nosotros aquel acorazado de tocino? Muy sencillo; en una pelea, Harold se convertía en una especie de bólido imparable, demostrando a los que le habían confundido con un pacífico Fatty[1] que bajo los diez centímetros de grasa que recubrían su piel —excepto en el abdomen, que debía quintuplicar tal cifra — había unos músculos capaces de los más extraordinarios portentos atléticos.

Pues bien, a Mark no le gustaba que el vientre de Harold contribuyese a subrayar su hilaridad.

—¿De qué te ríes, trozo de tocino?

Krimer no se molestaba jamás con nadie.

—De tu «chaladura», Oían.

—Pronto demostraré que el único que tiene seso bajo el cráneo soy yo. Os digo y os repito que lo del M.B. es perfectamente factible.

Me encaré con él:

—¿No crees que hemos perdido demasiado tiempo en conjeturas, Mark? ¿Y si pasásemos a los hechos?

Sonrió, seguro de sí mismo.

—Perfectamente —repuso—. ¿Queréis hacer el favor de seguirme?

Lo hicimos, penetrando en una especie de cuarto oscuro que él llamaba pomposamente laboratorio. Pero cuando encendió la luz y vimos el robot, nos quedamos con la boca abierta.

Era alto, quizá sobrepasaría los dos metros; pero lo más sorprendente era que, aparte del tórax, que no era más que una caja de unos cuarenta centímetros de lado, todo lo demás, brazos, piernas, caderas y vientre no era más que —permítanme la expresión— un mero esqueleto metálico.

—¿Es un autorretrato? —inquirió el gordo.

Porque Mark era el polo opuesto a Harold. Y la cosa, francamente, nos hizo gracia.

Reímos.

—Esta es la solución —dijo Mark, sin perder la sangre fría —. Con este robot, el dinero del M.B. será nuestro.

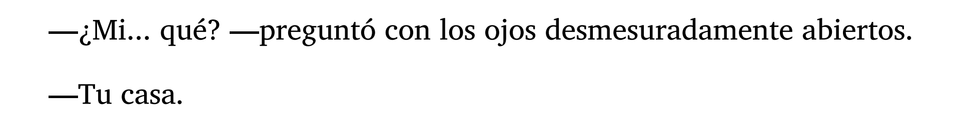
Le miramos, sorprendidos.

—¿Quieres hacer el favor de explicarte más claramente? —interpelé, no aguantándome ya la curiosidad.

Mark Oían no repuso ni una sola palabra, limitándose a acercarse al robot, cuyo pecho abrió, enseñando una cámara completamente vacía. Luego se volvió hacia Fred Emerson.

—Tu casa, Fred —dijo.

Fred es un enano. Su pequeño tamaño nos ha sacado de más de un aprieto. Y por eso forma parte de nuestra pandilla, haciendo aquellos papeles que, naturalmente, ninguno de nosotros puede representar.


—¿Mi... qué? —preguntó con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Tu casa.

—Explícate mejor —insistí yo.

Mark se volvió hacia mí:

—Fíjate bien, Alan —dijo—, que el verdadero mérito de este robot estriba en que todos los aparatos electrónicos de mando y control están situados fuera del tórax, donde generalmente llevan los otros el mecanismo.

—¿Lo tiene éste? —pregunté con una mueca de duda.

—¡Naturalmente! Todos los mecanismos los lleva dentro de la minúscula cabeza y en las rodillas. Fijaos en estas últimas; no son mayores que una pelota de tenis. Os digo, francamente, que he sudado lo mío para instalar los aparatos en tan reducido espacio.

Fué a decir algo, pero él me contuvo con un gesto.

—Lo sacrifiqué todo para dejar el tórax vacío. Tenía que contener a Fred y no pude colocar en el interior más que un pequeño aparato conectado al mecanismo de la puerta, de manera que pudiese abrirse desde dentro.

Nos miró sin dejar de sonreír.

—Si os acercáis al pecho del hombre mecánico y miráis hacia adentro, podréis ver que las paredes están hechas de manera que forman una serie de celdillas, como una estantería minúscula, compuesta por una parte de espacios matemáticamente idénticos.

—¿Para qué sirven? —preguntó el enano, que empezaba a interesarse.

Oían le miró fijamente.

—Para que coloques en ellos los lingotes de oro, mi querido Emerson... Tu espacio en el interior del tórax ha sido calculado matemáticamente. Y nadie más que tú, sólo tú, podrá caber en él.

Fred se acercó al robot y me hizo un signo. Yo comprendí y cogiéndole en brazos lo puse a una altura suficiente para que echase una ojeada al interior.

—Yo no quepo aquí.

—Sí —dijo Mark.

—¡No me meteré! ¿Crees que quiero morir asfixiado? No veo ni una sola rendija para respirar.

—Es que no la hay.

—¿Entonces...?

Los ojos de Oían brillaron súbitamente como si las pupilas se hubieran convertido en acero.

—¿Estás loco, Emerson? ¿Crees que los empleados de la caja del M.B. no sospecharían si viesen algún orificio? Hasta es posible que pasen el robot por una atmósfera de óxido de carbono...

El enano palideció intensamente.

—¡Lo que tú quieres es matarme! ¡Me odias!

Mark lanzó una carcajada.

—¡Eres un imbécil, Fred! ¡Mira!

Y metiendo la mano en el pecho abierto del robot sacó un cilindro de metal con una espita y su correspondiente llave.

—¿Qué es eso?

—Un depósito de oxígeno a gran presión... Lo suficiente para que respires setenta horas.

—¿Seguro?

—Completamente. Si quieres probarlo...

Emerson le miró con miedo.

—No, no quiero probar nada. De todas formas jamás me meteré ahí.

Me di cuenta de que había llegado el momento de intervenir.

—Lo harás, Fred —dije.

El enano me miró, con temor y respeto en el brillo de sus pupilas.

—¿Es... necesario que lo haga... Alan? —inquirió.

—Sí.

Y volviéndome a Mark dije:

—Veamos tu plan, Olan.

El me sonrió francamente, ya que mis palabras demostraban que su idea había sido plenamente aceptada.

—Alguien tendrá que presentarse en la sección de custodias del M.B. solicitando que le sea guardado el robot. Habrá que pagar una fuerte cantidad para que lo lleven a la cámara acorazada.

—¿Y luego?

—Al llegar la noche Fred abrirá el muñeco desde dentro, encerrando todos los lingotes que pueda en el interior del robot. A la mañana siguiente vamos a recogerlo... y en paz.

—¿Crees que no se darán cuenta de que el oro ha desaparecido? —preguntó Bart.

—Hay demasiado para que, por el momento, se percaten. ¿No os acordáis de aquel documental en que aparecía la cámara blindada? El oro llega hasta el techo.

—Mark tiene razón —dije.

—Además —insistió él—, apuesto cualquier cosa a que someten al robot a la prueba de! óxido de carbono. O, como he oído decir, sueltan óxido de carbono en el interior de la cámara acorazada, haciendo imposible que nadie penetre allí. Por la mañana, cuando la abren, la ventilan antes desde fuera.

—¿No me asfixiaré, Olan? —inquirió el enano, verde de miedo.

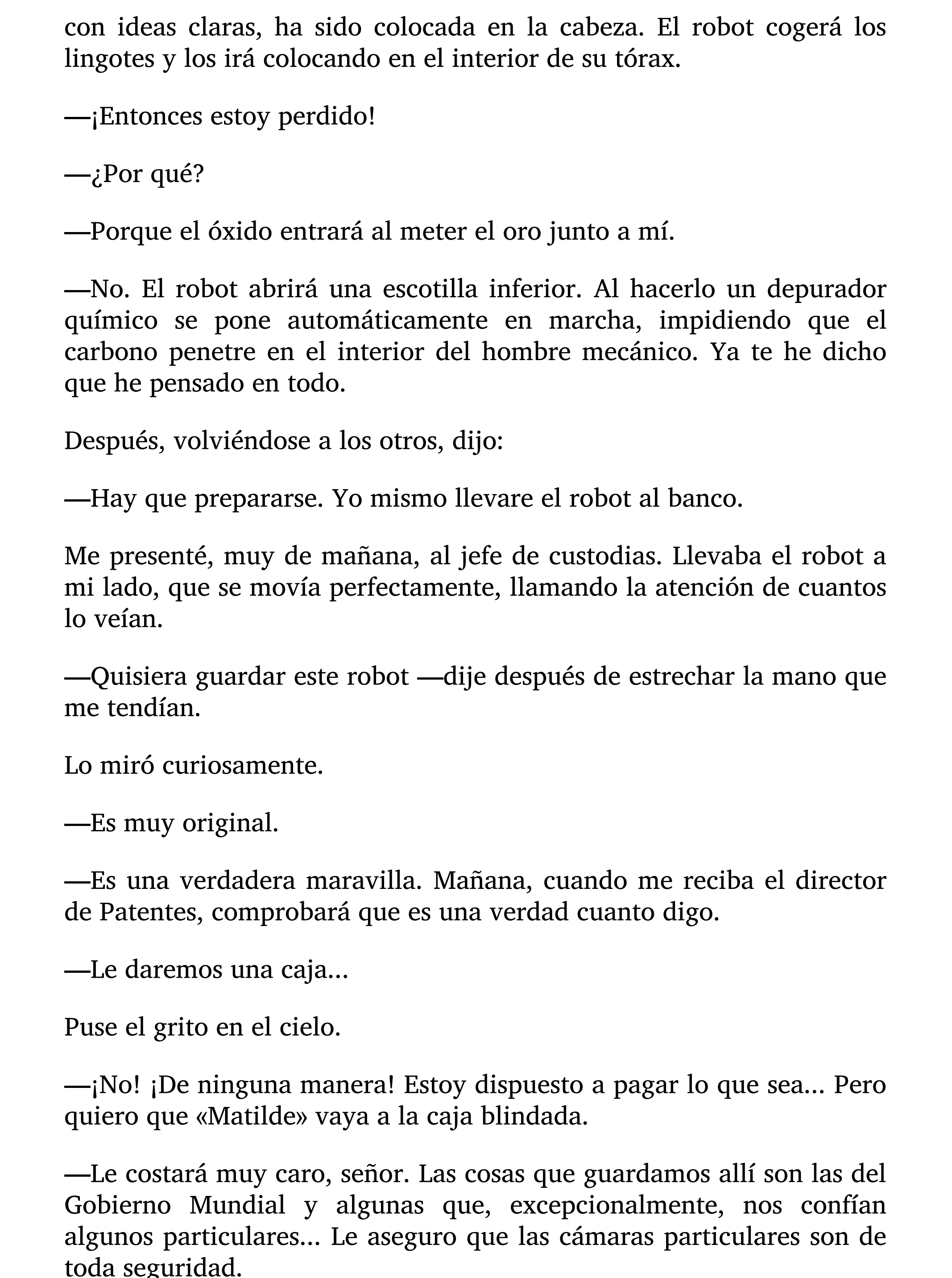
—Ya te he dicho que no.

—¿Y si tengo que abrir cuando el óxido de carbono ocupe la cámara? ¿Cómo cogeré el dinero entonces?

—También he pensado en eso. Acércate... ¿Ves esta clavija?

—Sí.

—No tienes más que apretarla y el robot hará lo que le mandes, siempre que tus órdenes sean concretas. Una serie de magnetófonos,


con ideas claras, ha sido colocada en la cabeza. El robot cogerá los lingotes y los irá colocando en el interior de su tórax.

—¡Entonces estoy perdido!

—¿Por qué?

—Porque el óxido entrará al meter el oro junto a mí.

—No. El robot abrirá una escotilla inferior. Al hacerlo un depurador químico se pone automáticamente en marcha, impidiendo que el carbono penetre en el interior del hombre mecánico. Ya te he dicho que he pensado en todo.

Después, volviéndose a los otros, dijo:

—Hay que prepararse. Yo mismo llevare el robot al banco.

Me presenté, muy de mañana, al jefe de custodias. Llevaba el robot a mi lado, que se movía perfectamente, llamando la atención de cuantos lo veían.

—Quisiera guardar este robot —dije después de estrechar la mano que me tendían.

Lo miró curiosamente.

—Es muy original.

—Es una verdadera maravilla. Mañana, cuando me reciba el director de Patentes, comprobará que es una verdad cuanto digo.

—Le daremos una caja…

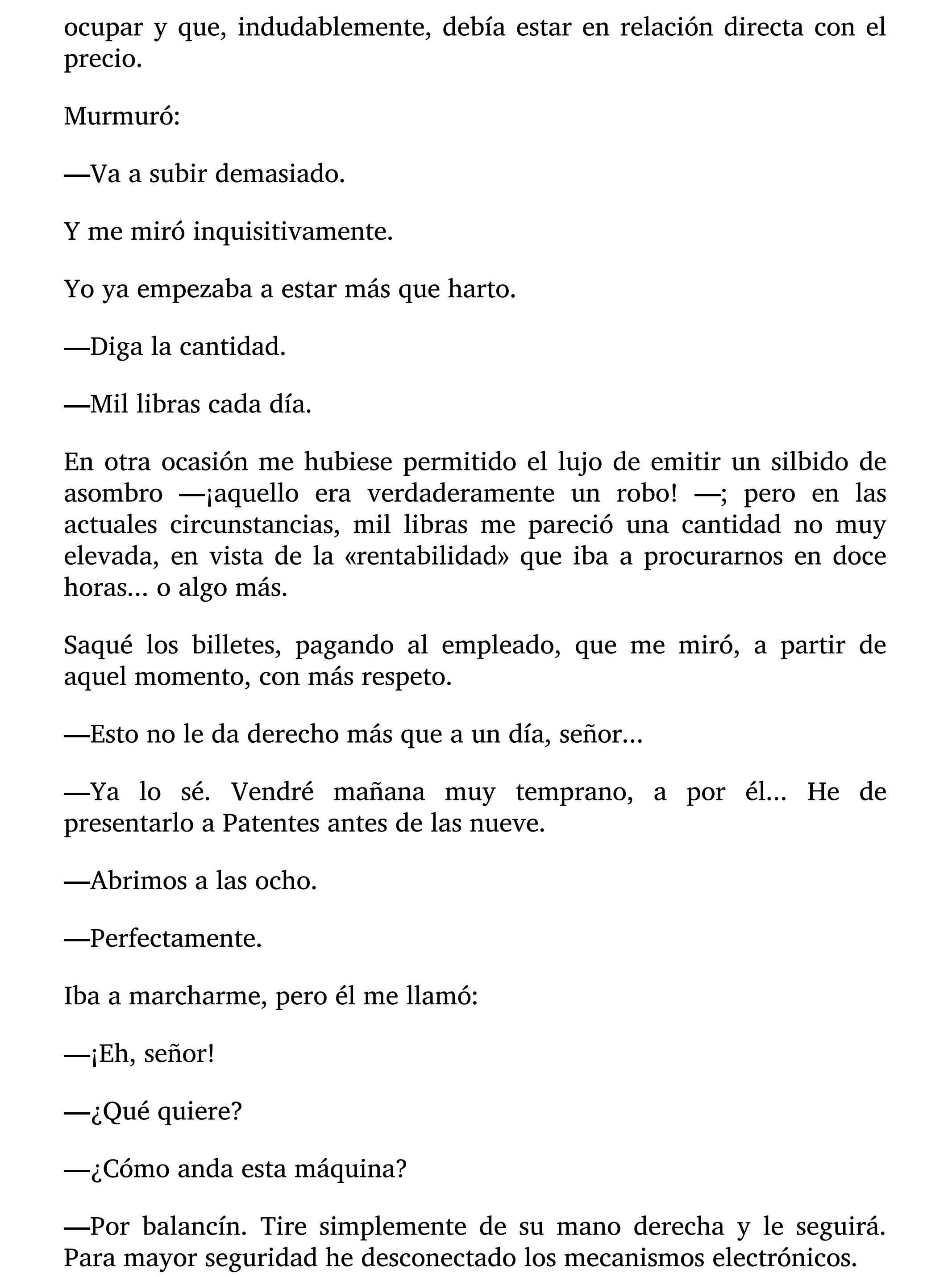
Puse el grito en el cielo.

—¡No! ¡De ninguna manera! Estoy dispuesto a pagar lo que sea… Pero quiero que «Matilde» vaya a la caja blindada.

—Le costará muy caro, señor. Las cosas que guardamos allí son las del Gobierno Mundial y algunas que, excepcionalmente, nos confían algunos particulares… Le aseguro que las cámaras particulares son de toda seguridad.

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

El empleado miró al robot, como si evaluase el volumen que iba a



ocupar y que, indudablemente, debía estar en relación directa con el precio.

Murmuró:

—Va a subir demasiado.

Y me miró inquisitivamente.

Yo ya empezaba a estar más que harto.

—Diga la cantidad.

—Mil libras cada día.

En otra ocasión me hubiese permitido el lujo de emitir un silbido de asombro —¡aquello era verdaderamente un robo! —; pero en las actuales circunstancias, mil libras me pareció una cantidad no muy elevada, en vista de la «rentabilidad» que iba a procurarnos en doce horas… o algo más.

Saqué los billetes, pagando al empleado, que me miró, a partir de aquel momento, con más respeto.

—Esto no le da derecho más que a un día, señor…

—Ya lo sé. Vendré mañana muy temprano, a por él… He de presentarlo a Patentes antes de las nueve.

—Abrimos a las ocho.

—Perfectamente.

Iba a marcharme, pero él me llamó:

—¡Eh, señor!

—¿Qué quiere?

—¿Cómo anda esta máquina?

—Por balancín. Tire simplemente de su mano derecha y le seguirá. Para mayor seguridad he desconectado los mecanismos electrónicos.

—Está bien.

Y me fui.

Pasamos una horrible noche en la casa de Mark. Estoy seguro de que, a pesar de que no nos hablábamos en absoluto, pensábamos todos en lo mismo; en los lingotes que, a aquellas horas, debían estar ya en el interior del robot.

Y aquello me hacía pensar en el enano que, dentro de su cárcel metálica, quizás estuviese padeciendo terriblemente, agonizando, si Mark había cometido el más pequeño error en la construcción de su criatura metálica.

Si tal cosa ocurría, al día siguiente, cuando fuera a recoger el robot, no encontraríamos más que el diminuto cadáver de Emerson y ni un solo lingote de oro, ya que el enano no habría podido ni salir a la cámara, ni, en el peor de los casos, hacer funcionar el mecanismo del .robot para que éste se apoderase del oro.

Y las mil libras, todo el dinero que nos quedaba, se habrían ido para siempre...

Iban mis ideas por aquel pesimista curso cuando llamaron a la puerta. Y Harold, haciendo un esfuerzo, se levantó y fue a abrir.

Momentos después regresaba, seguido de un hombre delgado, de amplia frente, nariz aguileña y rostro aceitunado.

Pegué un salto al verle:

—¡Tumu!

Se acercó a mí, estrechándome la mano.

—Creí que estabas en la cárcel.

—Me he escapado, Alan — me dijo—. ¿Hay un sitio para mí entre vosotros? No tengo un penique y haré cualquier cosa...

Sonreí, guiñando el ojo a los demás.

—Creo que podremos pagarte unas vacaciones lejos de este malsano planeta, Tumu.

Y le conté el asunto que traíamos entre manos.

CAPÍTULO II

ATENTAMENTE Tumu me escuchaba.

Yo, mientras iba relatándole los pormenores de nuestro fantástico plan, recordaba los buenos momentos que había pasado a su lado, cuando trabajó con nosotros, sacándonos de muchas situaciones difíciles gracias a su portentosa intuición.

Era verdaderamente escalofriante verle y oírle prevenir las cosas y erizaba los cabellos, explicando, sin el menor error, cualquier hecho que debía suceder en el futuro.

Tumu era marciano y yo he oído decir que algunos de entre ellos poseen facultades verdaderamente portentosas. Por eso, cuando terminé mi relato, le miré ansiosamente.

—¿Crees que todo irá bien, Tumu? —preguntó.

El no respondió.

Se limitó a entornar los ojos, sumiéndose en un silencio y quietud completos. Mientras, nosotros le mirábamos atentamente.

Yo me alegraba de que hubiese llegado en tan oportuno instante; porque, además de poseer aquellas cualidades extraordinarias, Tumu no me había parecido jamás ambicioso en los repartos del dinero robado.

Cuando abrió nuevamente los ojos, le miré ansiosamente.

—¿Y bien?

Me sonrió.

—Todo ha salido bien hasta ahora, Alan.

—¿Estás seguro?

—Sí. El oro ya está en el interior del robot.

—¿Salió Fred a buscarlo?

—¡Cobarde! —aulló Mark.

—Tumu se volvió hacia él.

—No es cobarde. Olan; sometieron al robot a un «baño» de metano durante tres horas… Emerson cogió miedo; pero después, una vez en la caja blindada, cuando el robot hubo cargado el oro, salió valientemente, apoderándose de más lingotes de Ips que habíais previsto. Se acurrucó en su prisión, colocando el oro entre las piernas y los brazos…

Sonreí.

—¡Siempre tuve confianza en Emerson! Verdad es que se trata de un hombrecillo insignificante, que no puede hacer frente a una persona normal; pero no le falta valor.

Y volviéndome a los otros, sin dejar de sonreír:

—¡Ya lo veis, muchachos! Henos aquí convertidos en multimillonarios.

—¿Qué vais a hacer después? —inquirió el marciano.

—Nos largaremos de la Tierra, ¿Recuerdas al viejo profesor Cleaver?

—¿Vive todavía?

—Sí. Se metió en negocios, comprando y vendiendo viejas astronaves… Ya debe habernos preparado una.

Tumu asintió; luego dijo:

—Lo difícil es escapar de las patrullas de control.

—Hemos pensado en ello. Huiremos sin hacer escala ni en la Luna ni en Marte, saliendo tangencialmente de la zona de vigilancia.

—No está mal pensado.

Le miré fijamente.

—¿No quieres venir con nosotros, Tumu?

El bajó la cabeza, con una modestia que yo le conocía.

—Yo no he hecho nada en este trabajo, Alan. Y los muchachos, con toda razón, dirán que…

Le interrumpí:

—Eso vamos a verlo inmediatamente —y mirando a los otros — : ¿No podríamos darle una parte? —pregunté.

Pero los rostros hoscos y huraños eran una respuesta explícita, que no necesitaba palabra alguna.

Sentí que la cólera se apoderaba de mí.

—¡Banda de estúpidos! —estallé —. Todos vosotros conocéis a Tumu y sabéis que, de todos, es el que más ha viajado por el espacio... Conoce la astronavegación a la perfección... El podría guiarnos estupendamente bien... ¿Qué decís?

Silencio.

—Está bien. Ya veo que se os ha metido la riqueza en los huesos. Pero es igual... Gracias a Tumu sabemos que Fred ha cogido más lingotes de lo que pensábamos.

—Eso lo dice él —intervino bruscamente Mark.

Le miré con desprecio.

—Está bien. No creéis en él... y eso es precisamente lo que yo esperaba. Suyo será el oro que sobre de los cálculos que hicimos. ¿De acuerdo? Si se ha equivocado, no tendrá ni un sólo lingote... ¿Qué os parece?

Asintieron con un gesto burlón.

—¿Estás conforme, Tumu?

Este sonrió.

—De acuerdo.

Fui muy de mañana en busca de «Matilde». Los otros, en un camión, me esperaban no lejos del Banco Mundial.

Me recibió el mismo empleado del día anterior y sonrió mirando la hora.

—Si llega a tardar diez minutos más, señor —me dijo — , hubiera tenido que pagar otras mil libras.

Le sonreí.

—Lo hubiese hecho con sumo placer —le dije.

«¡Pobre imbécil! —pensé —. ¡Tú hubieras dado cien mil por ese muñeco metálico!»

Tuve que esperar unos minutos, mordiéndome las uñas de impaciencia hasta que vi llegar al empleado, que traía de la mano a «Matilde». El robot se balanceaba graciosamente.

—Es el más curioso que hemos visto —dijo el empleado.

—Pienso ganar el concurso —dije.

—¿Va a presentarlo a un concurso?

—Sí. Y puede estar usted seguro de que me llevaré el primer premio.

—Se lo deseo de todo corazón, señor.

—Gracias.

Salí del banco de la mano de «Matilde», deteniéndome ante el camión. Mark y los otros me ayudaron a colocarlo en el interior, echando el toldo inmediatamente.

Harold conducía y puso el vehículo en marcha.

Arrodillándose junto al robot, Mark abrió el tórax y Fred apareció, sonriendo.

—¡Ya era hora!

Luego empezó a sacar triunfalmente los lingotes de oro que tenía entre brazos y piernas.

—¿No os esperabais esta propina, eh?

—Ya lo sabíamos, Fred —dije.

Me miró con asombro.

—¿Qué... lo sabías?

Señalé a Tumu.

—Este nos lo dijo.

Frunció el entrecejo al ver al marciano, tendiéndole la mano.

—¡Hola, muchacho!

—¡Hola, Fred!

—Sigues haciendo brujerías, ¿verdad?

—Un poco de telepatía, Emerson.

El enano rió.

—Lo importante es que tenemos aquí una verdadera fortuna... ¿Dónde vamos ahora, Alan? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—Al aeródromo del viejo profesor Cleaver,..

—¿Tendrá preparada la astronave?

—Sí.

El vehículo había abandonado la ciudad y marchaba a gran velocidad hacia el norte. Así corrió durante cerca de una hora hasta detenerse ante un edificio de varias plantas.

Bajamos, y yo, seguido por Mark y Tumu, penetramos en la casa, dirigiéndonos, precedidos por un empleado, al despacho de Cleaver.

Nosotros le llamábamos profesor porque, en realidad, lo había sido. Después le expulsaron del Laboratorio Astronáutico Mundial y creo que el whisky tuvo mucha culpa de ello.

Cleaver se lanzó a una serie de negocios turbios y nos había sido útil en varias ocasiones.

Cuando entré en el despacho, le vi igual que siempre, con su cráneo pelado y su doble mentón, vestido con una bata blanca y consultando un montón de papeles que tenía sobre la mesa.

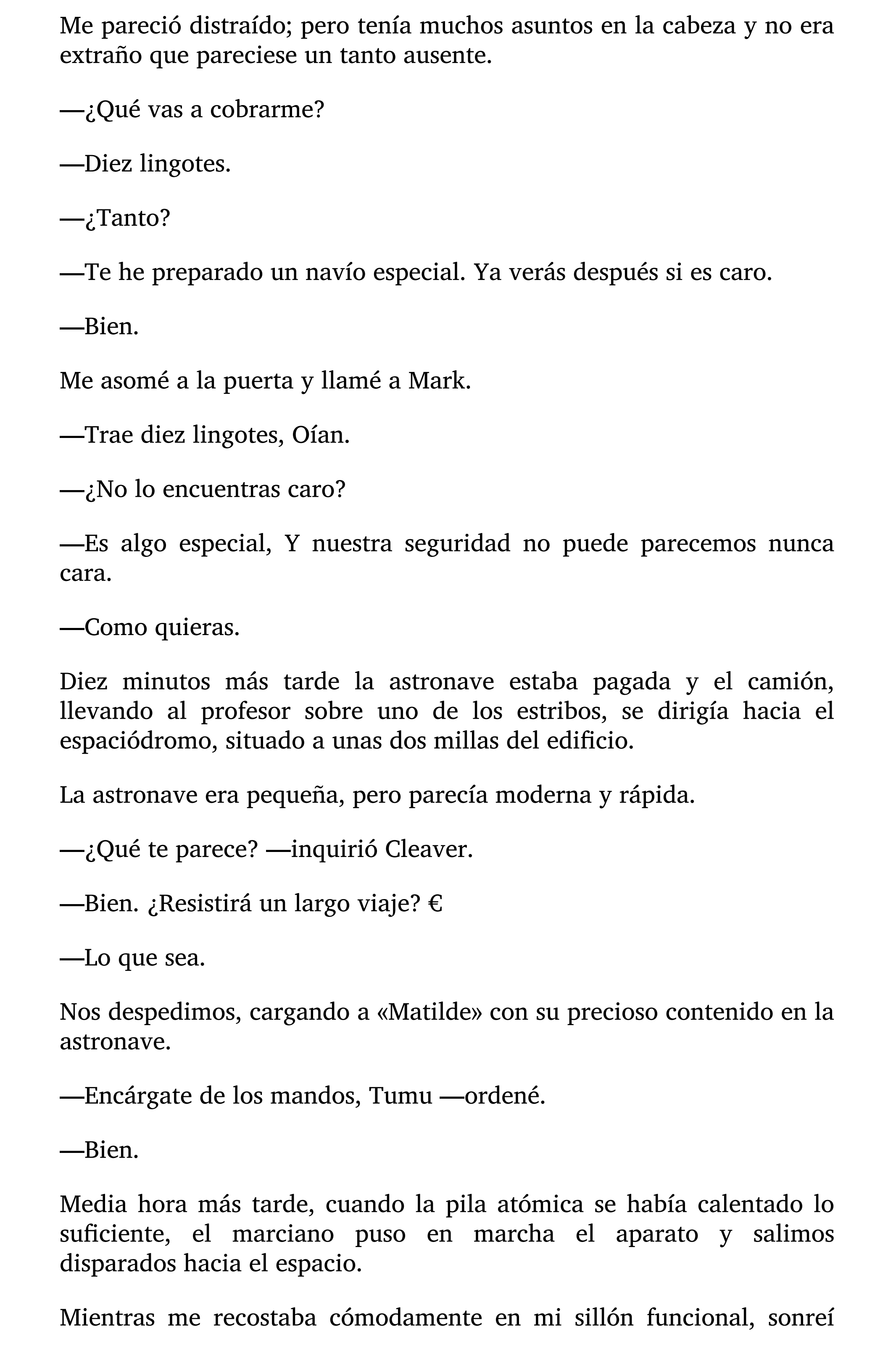
—¡Hola, Alan! —me saludó.

—Hola —repuse.

Los otros dos, Mark y el marciano, se habían quedado fuera, en el vestíbulo.

—¿Tienes todo preparado, profesor?

—Sí. Todo está preparado.



Me pareció distraído; pero tenía muchos asuntos en la cabeza y no era extraño que pareciese un tanto ausente.

—¿Qué vas a cobrarme?

—Diez lingotes.

—¿Tanto?

—Te he preparado un navío especial. Ya verás después si es caro.

—Bien.

Me asomé a la puerta y llamé a Mark.

—Trae diez lingotes, Oían.

—¿No lo encuentras caro?

—Es algo especial, Y nuestra seguridad no puede parecemos nunca cara.

—Como quieras.

Diez minutos más tarde la astronave estaba pagada y el camión, llevando al profesor sobre uno de los estribos, se dirigía hacia el espaciódromo, situado a unas dos millas del edificio.

La astronave era pequeña, pero parecía moderna y rápida.

—¿Qué te parece? —inquirió Cleaver.

—Bien. ¿Resistirá un largo viaje? €

—Lo que sea.

Nos despedimos, cargando a «Matilde» con su precioso contenido en la astronave.

—Encárgate de los mandos, Tumu —ordené.

—Bien.

Media hora más tarde, cuando la pila atómica se había calentado lo suficiente, el marciano puso en marcha el aparato y salimos disparados hacia el espacio.

Mientras me recostaba cómodamente en mi sillón funcional, sonreí

pensando en la cara que pondrían los miembros del Banco Mundial cuando descubriesen la «sangría» que habíamos hecho a su depósito de oro.

¿Qué clase de sensación se estaba apoderando de nosotros? No era aquélla la primera vez que viajábamos; pero era la primera vez que la angustia, en vez de decrecer, al normalizarse la aceleración, aumentaba de una manera indescriptible.

—¡Tamul! —grité.

No me contestó y moví el espejo visor que llevaba cada sillón, para poder mirar cómodamente hacia todos los lados, enfocándolo al sillón del piloto.

Me estremecí.

Tamul estaba caído, de lado, junto a los mandos e, indudablemente, se había desmayado.

¿Qué estaba pasando?

El espejo volvió a darme imágenes semejantes de todos los demás. Pero al volverlo hacia mi compañero de asiento, Harold, el obeso, sentí la alegría de verle tan despabilado como yo.

—¡Krimer!

Volvió el espejo hacia mi lado, para ver mi rostro.

—Me siento muy mal, Alan…

—Y yo también… ¿Qué demonios pasa?

—No lo sé.

—Tumu ha perdido el conocimiento… ¿Crees que vamos a la deriva?

—Todo esto es muy extraño, Alan… Ese maldito profesor ha debido engañarnos…

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por envidia.

—¡Bah!

Parecía como si los brazos y las piernas quisiesen desprenderse del tronco. Y aquella sensación desagradabilísima no hacía más que aumentar.

—¡No puedo más! —gimió el gordo.

—¡Si pudiese levantarme! —gruñí—. Pero es imposible… Estoy como pegado al sillón.

—Eso es lo que me pasa a mí… Es horrible…

Yo me defendía contra aquella amenaza de desvanecimiento con todas las fuerzas que poseía; pero, poco a poco, la sensación fue haciéndose insoportable y terminé hundiéndome en una especie de sima profunda… profunda… de la que estaba completamente seguro de que jamás volvería a salir.

Al abrir los ojos tuve la clara sensación de que alguien estaba deshaciendo los cierres de mi cinturón de seguridad. Al principio la imagen que vi ante mí fue completamente confusa; luego, la silueta y los rasgos se precisaron, encontrándome ante el sonriente rostro del marciano.

—¿Te sientes bien, Alan?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué ha pasado, Tumu?

—Ha sido horrible, Well -me dijo, palideciendo—. De no haber, en el último instante, conectado el piloto de aterrizaje automático… nos hubiésemos estrellado sin remisión…

Me puse en pie, sintiendo que todo el cuerpo me dolía, como si hubiese hecho un ejercicio violento.

—Pero… ¿qué ha pasado? —insistí.

Tumu estaba desatando a los otros, todavía inconscientes, y yo le ayudé, esperando que me aclarase lo sucedido.

Lo hizo cuando terminó de desatar al enano.

—Cleaver nos jugó una mala pasada…

—¡El muy puerco! ¿Qué hizo?

—¿Recuerdas que la astronave empezó a funcionar con una pila atómica?

—Sí.

—Después, bruscamente, al salir ai espacio, me di cuenta de que algo empezaba a marchar mal... No sé cómo dispuse el piloto de aterrizaje automático, pero fue como una intuición... Luego, al cabo de unos instantes, comprendí perfectamente lo que pasaba...

—¿Qué era?

—¡La astronave marchaba con flotones! Nos había vendido un aparato de velocidad hiperlumínica...

—¡Granuja!

—Debió prevenirnos; porque, evidentemente, obró de mala fe.

—¡Algún día lo pagará!

Tumu sonrió tristemente.

—¿Crees que podremos vengarnos de él algún día, Alan?

—¿Por qué no?

—Porque no sé dónde estamos. La astronave se ha posado sobre un planeta desconocido, quién sabe a qué distancia del Sistema Solar.

—¿Eh?

—Así ha ocurrido, Well... Cleaver se ha burlado de nosotros, llevándonos con nuestro oro donde jamás podremos utilizarlo.

—¡¡Canalla!!

Me puso la mano sobre el hombro.

Tendremos que disimular con los demás. Alan. Por eso te he despertado primero a ti. Si éstos supiesen la verdad serian capaces de creer que la jugarreta ha sido imaginada por ti.

—Pero...

Ya conoces la naturaleza humana, Well. Te obedecerán mientras crean que pueden salir de aquí. Si conocen la verdad, lucharán, matándose

los unos a los otros, por la posesión de un tesoro que, a fin de cuentas, no les servirá para nada.

—¿Qué podemos hacer entonces, Tumu?

Investigar este mundo al que hemos ido a parar. Puede que alguna ruta del espacio pase cerca de aquí... y que podamos entrar en comunicación con alguna astronave. Es lo único que podemos hacer...

CAPÍTULO III

Esto es lo que ha ocurrido, muchachos. Ya os lo he explicado detalladamente. Cleaver nos engañó, seguramente por envidia, metiéndonos en un pequeño lío.

—¡Cuando lo coja entre mis brazos! —exclamó Harold.

—Le ajustaremos las cuentas; os lo prometo. Pero, por ahora, lo que interesa es saber dónde diablos hemos ¡do a parar. Tumu está haciendo los análisis del exterior.

Justamente en aquel momento el marciano se acercó a nosotros.

—¿Qué hay? —pregunté.

—La atmósfera es perfectamente respirable.

—¡Estupendo! ¿Lo habéis oído, muchachos? Dentro de la desgracia, no nos abandona la suerte... ¡Todo el mundo fuera!

Salimos, contemplando la tierra negra de aquel mundo con un poco de aprensión. Una rara vegetación, escasa por otra parte, era el único signo de vida visible.

—Hay que instalarse aquí mientras Tumu estudia el mecanismo del aparato. En cuanto haya aislado la pila atómica del generador hiperlumínico, que es el que nos ha gastado esta broma pesada, volveremos lentamente al Sistema...

—¡Y haremos pedazos al profesor! —rugió el gordo.

Sonreí.

Y fue entonces cuando Bart Campell requirió nuestra atención.

Se había alejado un poco y nos hizo correr hacia él.

—¡Venid! ¡Mirad esto!

Cuando estuvimos a su lado vimos, como él, un letrero, grabado en una piedra negra y escrito en inglés. Lo leí en voz alta:

—«Vienvenidos a Atu, el planeta negro.»

Pero Mark se acercó a mí, mirándome extrañado. -¿Quieres reírte de nosotros, Alan? -¿Por qué?

—Porque ahí no dice lo que tú has leído.

—¿Y… qué dice, sabio? -inquirí, burlón.

—«¡Tened cuidado! ¡Este planeta está maldito y ninguno de vosotros saldrá con vida de él!» Eso es lo que dice.

—¡Eso es mentira! —rugió el enano—. ¡Yo leo lo mismo que ha leído Alan!

—¡Mark tiene razón! —exclamó Harold—. Ahí habla del planeta maldito. Me volví hacia Tumu. —¿Lo has leído tú? ¿Qué dice? Sonrió, acercándose.

—Perdona Well; pero yo he leído lo mismo que Mark — miró a los otros.

—Debe de tratarse de un doble sistema de letras… Creo que no debemos hacer caso de todo esto. Puede ser una simple ilusión óptica.

Gruñeron los otros y Tumu, cogiéndome del brazo, me llevó aparte.

—He mentido, Alan, perdona. Le miré fijamente.

—¿Leías lo mismo que yo, verdad? Meneó negativamente la cabeza.

—Yo no he leído nada, Alan. La piedra no tenía ninguna inscripción.

Pronto empezamos a olvidar aquello, ya que ordené que se cogieran provisiones, puesto que quería hacer un reconocimiento por los alrededores, de manera de hallar un lugar seguro donde acampar.

—Cuando hayamos encontrado un buen sitio — dije — empezaremos a ayudar a Tumu en lo de la astronave. Pero debemos contar con un sitio seguro, ya que no sabemos la clase de fieras que puede haber aquí.

Todos nosotros íbamos armados e iniciamos la marcha, eligiendo al azar una dirección cualquiera.

Yo no me imaginaba todos los horrores que nos esperaban, ni nadie lo hubiese dicho al ver el aspecto tranquilo de aquel planeta negro, que parecía un mundo completamente muerto.

La noche nos sorprendió lejos de la astronave y montamos un campamento de emergencia, ordenando yo un sistema correlativo de guardias. Habíamos cerrado la astronave y no temíamos por el oro, que seguía en el interior de «Matilde».

La primera sorpresa nos llegó al amanecer.

Emerson, el enano, que estaba en aquellos momentos de guardia, lanzó una exclamación en cuanto la luz solar —de un sol lejano y amarillento— nos llegó.

El frío había sido intensísimo durante la noche. Pero los termogeneradores de nuestros trajes espaciales nos habían protegido bastante bien.

—¡Despertad! ¡Despertad! -gritó Fred.

Lo hicimos, corriendo a su lado.

—¡Una ciudad!

Porque lo que teníamos delante era una ciudad, en todo semejante a las de la Tierra, no muy grande y con edificios de dos o tres plantas, como una pequeña capital de provincia.

A todos nos entró la misma alegría.

—¡Una ciudad!

—¡Qué suerte!

—¡Podremos encontrar ayuda!

—O enemigos.

Nos volvimos hacia Mark, que había sido el que había lanzado aquella ducha fría sobre nuestro infantil entusiasmo.

Le miré con rabia.

—¡No podemos estarnos aquí, sin intentar nada, con los brazos cruzados! —exclamé—. Hay que hacer algo y vamos a ponerlo en práctica ahora mismo.

Dando el ejemplo, empecé a andar hacia las primeras casas.

Todos me siguieron.

Íbamos con las armas apercibidas —magníficos fusiles ultrasónicos—, que nos daban una agradable sensación de seguridad.

Fui el primero en adentrarme por una de las amplias calles.

Estaba completamente vacía.

Avanzamos, con toda clase de precauciones.

Las calles y plazas se sucedían, igualmente desiertas, como si la ciudad entera hubiese sido abandonada. Las casas tenían puertas y ventanas cerradas.

—Entraremos en ésa —dije.

Estaba más que harto de aquel silencio mortal que nos rodeaba. Y deseaba ardientemente encontrarme con alguien, aunque fuese un enemigo, al que hubiera de matar para defenderme.

Harold, nuestra catapulta viviente, entró en funciones y la puerta saltó en pedazos al primer empellón del coloso.

Entramos.

Dentro reinaba una idéntica soledad a la que nos había sorprendido en las calles; pero lo más extraordinario era que las habitaciones estaban completamente vacías, sin un solo mueble, como si jamás hubiesen estado habitadas.

Ahora podíamos comprender que nadie nos hubiese recibido a la llegada.

—¡Qué desolación! — dijo Mark.

—Es impresionante —asentí— y, al mismo tiempo, extraño. Porque si estas gentes han tenido que huir ante un grave peligro, ¿cómo pudieron llevarse todo?

—Sí que es extraño — corroboró Tumu.

El enano estaba nervioso.

—¡Vámonos de aquí, Alan! Todo esto me da mala espina...

Y viendo que yo no contestaba, añadió:

—No irás a instalar el campamento en una de esas casas... ¿verdad? ¡Si parecen tumbas!

Bart miró la desolación que nos rodeaba.

—¡Si al menos hubieran dejado algo, habríamos podido aprovechar estas viviendas que, por otra parte, me parecen bastante cómodas!

—¡No le hagas caso! —gritó el enano.

—¿De verdad que te parecen cómodas estas estancias, Campell? Fíjate que ni siquiera tienen calefacción... y no olvides la temperatura que reina en este frigorífico planeta.

—Es posible que su sistema de calefacción fuera distinto al que nosotros conocemos —dijo Tumu, con una mueca.

—Tienes razón — asintió Harold.

—Sea \o que sea -volvió a intervenir Emerson, que se había acercado a mí—, debíamos largarnos de aquí cuanto antes. Creo que lo que más nos interesa es arreglar la astronave e irnos hacia otro lugar donde podamos esperar partir hacia Gaminedes... ¿No era eso lo que pensábamos?

—Eso es —asentí—. Gaminedes no ha aceptado las Leyes de extradición que quería imponer el Gobierno Mundial... Por eso, en Gaminedes, podremos disfrutar de nuestro dinero de una manera tranquila.

—Pero —dijo Mark— no hay que olvidar que para ir a Gaminedes necesitadnos coger plaza en uno de los Cruceros del Espacio, ya que ninguna astronave individual podría llegar hasta allí.

—Y eso haremos —repuso—. Ningún capitán se negaría a cogernos, en

una estación intermedia, Saturno por ejemplo, cuando sepa lo que somos capaces de pagarle.

—¡Poderoso caballero es Don Dinero! —exclamó Fred.

Le miramos y nos reímos.

—¿Vamos al campamento? —inquirió el marciano. -Sí.

Nos dirigimos hacia la salida y el enano se puso a la cabeza de nosotros, como si desease ser el primero en salir de aquellas casas desiertas.

Pero al abrir la puerta —es decir, lo que de ella había dejado el empellón de Harold—, retrocedió asustado, lanzando un alarido que nos puso los pelos de punta.

—¿Qué ocurre? —inquirí, con el rifle apercibido y saliendo al exterior.

También retrocedí.

El espectáculo no era para menos.

Saliendo del suelo, por entre los ladrillos, cientos y cientos de brazos humanos, cuyos dedos intentaban agarrar algo, formaban la más alucinante visión que nunca hubiesen contemplado ojos humanos.

—¿Qué significa este horror? —dijo Mark a mi lado.

Porque era eso, horror, un horror indescriptible el que producían aquellos brazos que, como serpientes, no dejaban de moverse, abriendo y cerrando las manos, dispuestos a apoderarse de lo que pasase junto a ellos.

Se hizo un silencio entre nosotros que, desgraciadamente, no fue muy largo, ya que Harold, que era el que se había quedado más atrás, lanzó un juramento, avanzando hacia nosotros y lanzándonos casi al exterior.

—¿Te has vuelto loco, Krimer?

Pero Mark justificó a su compañero:

—¡Se está derrumbando la casa, Alan!

— ¡Hay que salir!

—¡¡No!! —rugió el enano—. ¡No será a mí al que cojan primero esas horribles manos!

Yo me había vuelto y veía que Harold había huido de algo positivo. Las paredes se agrietaban y todo empezaba a bambolearse.

—¡Vamos fuera!

—¿Y las manos?

—Golpeadlas con las culatas... ¡No vamos a ser tan cobardes que temamos a unas manos que no pueden vernos y que están desarmadas!

—¡Alan!

Era el enano, que se agarraba a mis pantalones.

—¿Qué quieres, Emerson?

—¿Y yo, Alan? ¿Cómo haré yo?

—Sube a espaldas de Harold y nada te ocurrirá.

—¡Gracias!

Empezamos a movernos cautelosamente, procurando, al principio, evitar aquellos sarmentosos dedos que se movían a nuestro lado. Pero muy pronto los dedos empezaron a agarrarse a nuestra ropa, tirando de nosotros con una fuerza inusitada.

—¡Golpead sin piedad! —rugí.

Y, dando ejemplo, machaqué aquellas horribles manos, repartiendo culatazos a diestro y siniestro.

Las manos, al recibir los terribles golpes, desaparecían, con los brazos, por los orificios por donde salían pero, desdichadamente, salían otros brazos más nervudos y fuertes que antes.

Era una desesperada y terrible lucha en la que avanzábamos lentamente, sin dejar de golpear aquellos tremendos brazos que, por un motivo misterioso deseaban apoderarse de nosotros.

¿Dónde podían estar los poseedores de aquellas manos?

Porque, indudablemente, los cuerpos debían de estar debajo de la

calle, guiando los movimientos de sus miembros.

—¡Duro con ellos!

Pero a pesar de lanzar aquellos gritos para dar ánimo a mis muchachos, mis brazos, los míos, empezaban a fatigarse y un sudor frío empapaba mi frente.

La calle me pareció la más larga que había visto en mi vida.

Y toda ella, hasta su final, hasta donde la propia ciudad terminaba, estaba sembrada de brazos, como si aquella humana vegetación hubiese surgido en los pocos minutos que pasamos.

En una de las ocasiones, al volverme, vi que cuatro brazos se habían agarrado a las piernas colosales de Harold y que el enano, sobre él, gritaba dominado por el terror.

—¡Cállate, Fred! —rugió el gordo —. ¡Cállate o te echo de cabeza a esas manos!

Y se puso a pisotear brazos, dedos, muñecas, aplastando cuanto encontraba a su paso.

Sonreí.

«Desde luego —me dije — , con Harold tropiezan con hueso.»

Ya nos faltaba mucho menos para llegar a! borde y aquello aumentó nuestro arrojo. Los rifles subían y bajaban, sin cesar, girando en extraños molinetes y machacando cuanto encontraban en su camino.

Fui yo el primero que llegó al borde. Y, de haber podido, me hubiese dejado caer en el suelo del camino, tan largo como era.

Pero me volví.

Mark venía en primer lugar, con los ojos inyectados en sangre, sin dejar de golpear. Una de sus botas le había sido arrancada y el pie desnudo estaba tinto en la sangre de los miembros que había destrozado.

Detrás venía Harold.

El enano, sobre sus hombros, a horcajadas, le animaba como un jockey a su cabalgadura durante una carrera.

—¡Adelante, Harold, amigo mío! ¡Ya nos falta poco!

Yo sonreí, ocurriéndoseme una idea.

—¡Tírame a Fred, Harold!

—¡¡No!! —protestó el hombrecillo.

Pero Harold había comprendido que aquélla era la mejor solución y me envió al enano por los aires, pataleando.

Lo cogí al vuelo.

Bart venía en penúltimo lugar y luchaba igualmente desesperado, abriéndose camino entre los brazos machacados.

El último era Tumu.

Parecía más cansado que los demás y le animé desde la orilla de aquel mar de brazos.

—¡Adelante, Tumu! ¡No desfallezcas!

Me envió una sonrisa y prosiguió su lucha.

Yo, deseoso de ayudar a los que iban llegando, empecé a golpear los brazos de la orilla, consiguiendo abrir un camino a los que se acercaban.

Así salió Mark, después Harold y Bart, que venía un poco por la izquierda.

Fue entonces cuando Tumu lanzó aquel espantoso grito.

Miramos hacia allá.

El marciano había caído al suelo.

Dos docenas de brazos le rodeaban, golpeándole y asiéndole por todas partes.

Harold dio un paso hacia adelante, pero le retuve, tirándole de la manga.

—¿Dónde vas, loco?

—¡A ayudarle!

—No llegarías nunca. Además, mira... Ya es demasiado tarde...

En efecto.

Un orificio se había abierto bajo Tumu y el marciano, tirado por docenas de brazos, desaparecía en aquel momento en lo hondo de una escalofriante sima.

Habíamos perdido a Tumu.

CAPÍTULO IV

REGRESAMOS al campamento en silencio, cariacontecidos, percatándonos de que habíamos perdido al más hábil de los nuestros.

Sobre todo, para mis compañeros, que creían que la astronave podía arreglarse, la pérdida del marciano significaba una condena definitiva, ya que jamás podríamos salir de aquel mundo espantoso.

Yo ya lo sabía desde que Tumu me lo dijera.

Para mí, sinceramente, las cosas seguían como estaban. Aunque, quizá más que a los otros, me faltaba Tumu, que hubiera podido sacarnos de muchos líos.

Pero el marciano había desaparecido para siempre. Nunca más le volveríamos a ver.

Permanecimos en el campamento dos días. Emerson hacía y preparaba las comidas. Apenas hablábamos, ya que estábamos convencidos de que las palabras sobraban.

Al tercer día pensé que no nos haría ningún mal echar una ojeada a la astronave y así lo hicimos, examinando detenidamente la riqueza que guardaba «Matilde».

Pero nuestro entusiasmo por el oro había desaparecido.

—¿Para qué nos va a servir todo esto? —inquirió Harold.

—Si no hubiésemos hecho caso a Mark...

Este se volvió como una fiera, cogiendo al enano por la solapa.

—¿Qué quieres decir con eso, hijo de mico? —inquirió con rabia.

Intervine, haciendo que Olan soltase a Fred.

—Déjalo —ordené.

—Pues dile que se calle o voy a hacer seis enanos de él.

Me di cuenta de las predicciones de Tumu. El marciano no se había equivocado al prevenirme de la lucha que se iniciaría entre los muchachos en el momento en que se percatasen de que se encontraban en un callejón sin salida.

Porque, pasase lo que pasase, todos ellos guardarían celosamente, en el interior de su pecho, una esperanza, por remota que fuese, de escapar de allí. Y, naturalmente, la posibilidad de hacerlo con el oro... en propiedad exclusiva.

¡La vieja ambición humana!

Ordené, para evitar complicaciones, que el robot fuese cerrado y también la astronave regresando al campamento, al que llevamos todos aquellos objetos que nos podían ser útiles para hacer la vida más cómoda.

Noté, muy pronto, que Harold se había vuelto protector del enano, al que Mark seguía mirando con muy malos ojos.

Sonreí.

Mientras el gordo cuidase de Fred, Oían no se atrevería a hacerle nada. Y aquello, en el fondo, me tranquilizaba.

Pasaron unos días.

Hasta que una mañana, al despertar, más temprano que los otros, vi a Harold y al enano.

Estaban juntos.

Pero no como yo hubiese podido imaginármelo. «Juntos» tenía, en este caso, una significación horrible...

El cuerpo de Fred se había soldado al del gordo, a la altura de su espalda, de manera que el nuevo ser, surgido de aquella alucinante

unión, tenía dos cabezas y dos cuerpos, completamente distintos; uno pequeño, el del enano; otro enorme, el de Harold.

Permanecí inmóvil, casi sin respirar. Pero Harold me vio y se acercó lentamente hacia mí.

—Hola, Harold —le saludé, sonriendo hipócritamente.

—No disimules, Alan —repuso, con una voz cargada de tristeza — . Lo has visto, ¿verdad?

—Sí.

Los contemplé, desde lejos, sin osar moverme.

—¿Por qué habrá ocurrido esto, Alan? —preguntó, con un tono de tan intensa angustia en la voz que me estremecí de pies a cabeza.

—No lo sé... —balbucí—. Pero... ¿cómo ocurrió? ¿Qué notaste?

Meneó la cabeza, desesperadamente.

—No lo sé, Alan. Fue esta noche. Al despertarme noté el peso y me di cuenta de que, al intentar separar a Fred de mí, me dolía horriblemente la espalda.

—¿Y qué dijo él?

Se encogió de hombros.

—El debe de estar muerto.

—¿Eh?

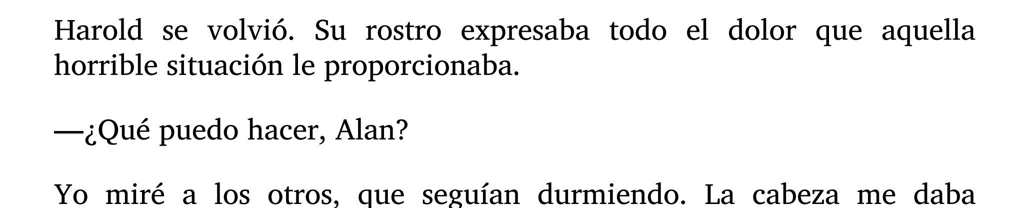
Miré a los ojos de Harold, intentando comprender lo que me había dicho; después, haciendo un esfuerzo, dije:

—Vuélvete, Krimer.

Obedeció.

Fred, que parecía colgar de la espalda del gigante, tenía, efectivamente, los ojos cerrados y parecía muerto. Pero, venciendo la repugnancia que se apoderó de mí, lo toqué y sentí que el calor corría bajo su piel.

—No está muerto —afirmé.



Harold se volvió. Su rostro expresaba todo el dolor que aquella horrible situación le proporcionaba.

—¿Qué puedo hacer, Alan?

Yo miré a los otros, que seguían durmiendo. La cabeza me daba vueltas.

—Hay que pensar en algo positivo, Harold. Ya sabes lo que puedo sentir que haya ocurrido esto... Pero es imposible,

—¿Imposible? ¿Qué?

—Que te quedes aquí. Vas a hacer una cosa, Krimer.

—¿Qué?

—En la astronave hay provisiones en cantidad... Podrías ir allí y esperar a ver qué pasa. Yo iré, de vez en cuando, a visitarte. Es posible que esto no sea más que un fenómeno pasajero y que volváis a despegaros.

Una luz de esperanza brilló en sus asustadas pupilas.

—¿Lo crees así, Alan?

—Es muy posible, amigo mío.

Harold alargó su tremenda mano y estrechó la que yo tendía.

—Ven a verme, de vez en cuando, Alan... Me volvería loco si estuviese siempre solo... con él.

—Iré a verte; te lo prometo...

—Gracias.

Y se fue.

Le contemplé, en la luz indecisa del alba, alejarse hacia la astronave. Una vez, la luz tras él, recortó su silueta y me pareció un monstruoso jorobado, que llevase sobre su espalda un pequeño enano que parecía dormir.

Tuve que decir que Harold y Fred habían ido a hacer una pequeña exploración por los alrededores.

A la noche, aprovechando el sueño de los otros fui a la astronave, para cumplir lo que le había prometido a Harold.

Cuando me acerqué al astro-cohete, sin podar evitarlo, sentí una sensación de angustia que me invadió como una oleada de calor asfixiante que me brotase de las entrañas.

Llamé a la puerta, no usando la llave que, como cada uno de nosotros, poseía.

Y esperé.

Hasta que Harold abrió.

Estaba completamente igual, aunque parecía cansado y hasta enfermo. Me hizo un gesto vago, invitándome a pasar, y me sonrió débilmente.

Una vez dentro, me senté, permaneciendo él de pie, ante mí sin dejar que mirase su monstruosa espalda.

—¿Cómo te encuentras?

Meneó la cabeza.

—Mal, Alan; muy mal... Estoy perdiendo el apetito y no puedo dormir. Fred me hace cada vez más daño, como si me desgarrase la carne por dentro.

Moví la cabeza, asintiendo en silencio.

—¿No podrías quitármelo de encima, Alan?

—Le miré, con asombro.

—¿Qué quieres decir?

Me miró, con una muda súplica en los ojos.

—Será tan fácil... —musitó—, tan fácil...

—¿El qué?

—Matarlo.

—¿Eh?

Le miré con horror, incapaz de decir algo más que la exclamación que

había brotado de mis labios.

Harold había bajado la vista, sin mirarme; pero prosiguió, con aquel hilo de voz que, en medio del completo silencio que nos rodeaba, parecía lleno de siniestros ecos.

—Siento que vive en mi espalda, Alan... que está comiéndose mi propia carne, ¿comprendes? — había algo de alucinante en lo que me decía —. ¡¡Me está comiendo vivo!! —rugió repentinamente—. ¿Y debo tolerarlo, Alan? ¿Debo dejar que me vaya matando poco a poco?

No dije nada; en realidad, mi lengua estaba pegada al fondo de mi boca por una sequedad que amenazaba ahogarme.

—¡He hecho lo posible para matarle, Alan! —exclamó Harold —. ¡Me pegué con la espalda en la pared de la astronave... con todas mis fuerzas! —respiró profundamente— . ¿Sabes lo que pasó?

—No,

—Me dolió tan Intensamente, tan dentro, que preferí soportarlo antes de repetir la experiencia... Pero tú puedes ayudarme.

—¿Cómo?

—¡Clavándole un cuchillo en el corazón!

Le miré, angustiado.

—¡No puedo, Harold! ¡No puedo!

Había una luz de desprecio en sus ojos.

—¿Esa es la amistad que sientes por mí, Alan?

—¿Y Fred?

Se encogió de hombros.

—¡Ya no es Fred, amigo mío! Es un monstruo ciego, sordo, mudo..., que me está devorando... —Y volviéndose, girando sobre sus talones —: ¿No es verdad, Fred? ¿No es verdad que devoras mi carne, la carne de tu viejo amigo Harold?

Sentí náuseas.

Krimer ante mí, lloraba desconsoladamente. Y sus lágrimas caían

mansamente.

—¿Qué hemos hecho para pagar este precio, Alan? Hemos robado, engañado; eso sí. Pero jamás matamos a nadie y ninguno de nosotros tiene un crimen sobre su conciencia. Entonces… ¿por qué todo esto?

No supe qué responderle.

—¡Qué razón tenía aquel letrero, Alan! —siguió diciendo—. ¡Un planeta maldito! ¡Cien veces maldito!

Creí que debía irme, ya que era incapaz de resistir más tiempo aquello.

—Volveré a verte, Harold.

Me miró, tristemente.

—No creo que haga falta, Alan.

—¿Por qué? ¿Qué idioteces estás diciendo?

—No son idioteces, Well… Es que siento que esto se está terminando… Y que algo espantoso se acerca.

Me fui.

Durante dos días, a pesar de desearlo, no fui a la astronave; una especie de prevención me retenía, al mismo tiempo que el miedo se apoderaba de mí cada vez que pensaba en Harold y Fred.

Tuve que decir la verdad a los otros, ya que no podía engañarles por más tiempo.

Bart me miró, con los ojos muy abiertos. Mark lanzó una cínica carcajada.

—¡Bien merecido lo tienen!

Le miré, con rabia:

—¡Eres un cerdo inmundo, Olan!

—¿Por qué? Ese asqueroso enano me repugnó siempre… Y el otro, Harold, esa bola de grasa, se creyó siempre por encima de todos nosotros, amparado en su fuerza…

Se había puesto en pie, y mirándome fijamente, exclamó:

—¡Me alegro, Alan! ¡Me alegro! ¿No te das cuenta de que ya somos dos menos para el reparto del oro?

No pude resistir aquello. Acercándome a él, le descargué un puñetazo, derribándolo en el suelo.

—¡¡Perro!!

Se pasó la mano por la boca, que le sangraba.

—No debiste hacer eso. Alan.

Volví a acercarme a él, con los puños cerrados.

—¿Quieres más?

No dijo nada, levantándose y alejándose, en silencio.

—¿Qué te parece? —pregunté a Bart.

—Lo natural.

—¿Por qué?

—Porque acabaremos volviéndonos locos, Alan. Esta horrible situación no puede durar mucho... Primero Tumu, después Harold y Fred... ¿A quién tocará el turno ahora?

—Me estremecí.

—¿A quién ahora?

Aquella noche, Mark no había vuelto, y suponiendo que estuviese en la astronave, donde podía seguir el consejo de Harold, matando a Fred, corrí hacia el aparato, deseando llegar a tiempo de ayudarle.

La puerta estaba cerrada.

Utilizando la llave, y sin dejar el rifle, dispuesto a intervenir fuese como fuese, abrí la puerta, penetrando en el iluminado interior del espacio-cohete.

—¿Qué hay, Alan?

¡Era la voz de Fred!

Me volví, imaginándome cien cosas a la vez; pero nunca, por mucho que hubiese pensado, habría llegado a concebir la realidad.

Porque allí, sentados, frente a mí, había cinco Freds, cinco enanos, pero gordos y obesos, como caricaturas de Harold.

—¿Y Krimer?

Los enanos sonrieron.

—¡Somos nosotros, Alan! Somos cinco Freds y cinco Harolds al mismo tiempo!

Me había quedado pálido, con el corazón que me latía precipitadamente. Pero, de repente, sin poderlo evitar, lancé un grito seguido de una carcajada histérica.

¡Porque estaba pensando en la cara que pondría Mark cuando supiese que éramos ocho para repartir el oro!

CAPÍTULO V

A un gesto del comandante Dalton, Frank Opperheim detuvo la marcha del magnetófono del transmisor de emergencia.

—Es ya muy tarde —dijo el comandante del «Aigle».

—Hemos estado, aunque les parezca mentira, dos horas seguidas escuchando ese mensaje.

Sonia Templer suspiró profundamente.

—¡Es horroroso!

Su padre comentó:

—Yo no puedo creer en todas esas cosas. Indudablemente, el pobre hombre que envió ese transmisor se había vuelto completamente loco.

—No estoy yo tan seguro de ello, señor...

Todos se volvieron hacia Frank, que era quien había pronunciado aquellas palabras. Los ojos de Sonia brillaron intensamente.

—¿Cree usted que todo eso ha podido ocurrir… en realidad? —inquirió con un acento divertido en la voz.

Frank se sonrojó un poco.

—No tengo elementos de juicio suficientes para poder llegar a una conclusión definitiva señorita Templer. Pero en cuanto a la realidad…

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay muchísimas realidades, infinitas podríamos decir, sin temor a equivocarnos… La realidad es un aspecto sólo de las cosas.

—Me gustaría entenderle —dijo ella.

—Para lograrlo no tiene más que pensar en una persona hipnotizada… Bajo la influencia de la hipnosis, una persona puede vivir realidades que no sean más que una ficción para los demás… Y éste no es más que un caso; porque, en la vida, cada uno de nosotros vivimos una realidad distinta…

Intervino Dalton:

—Creo que exagera usted, Opperheim. Hay cosas que son realidad para todo el mundo; por ejemplo: las Leyes científicas. ¿No le parece?

Frank sonrió:

—Le entiendo, comandante; pero sigo en mis trece; las Leyes científicas no son más que una realidad, creada por el hombre, para poder comprender los fenómenos naturales; pero estos fenómenos, que nos parecen sometidos a las Leyes que hicimos para encerrarlos, pueden escapar a nuestra vigilancia, demostrándonos la existencia de otras posibilidades. Todo lo que quiero decir es que cuanto sabemos y conocemos está en nuestra mente. Y es ésta, ayudada por la imaginación, el juicio y el razonamiento, la que intenta, vanamente, afianzarse a algo que pueda llamarse «real».

—¡Vuelvo a decir que ese hombre está loco! —insistió el multimillonario — . ¿Cómo es posible que dos seres humanos se peguen y surjan cinco de esa horrible mezcla? ¿Cómo puede concebirse que surjan del suelo brazos humanos? ¡Eso no puede salir más que de la mente de un desquiciado!

Sonia se volvió hacia el comandante.

—¿Cuándo seguiremos escuchando este escalofriante relato, señor?

—¿Cómo? —intervino el padre —. ¿Quieres seguir oyendo esos disparates, Sonia?

—¡Por nada del mundo, me los perdería, papá! Además...

—volvió a mirar al comandante—, ¿es que no vamos a hacer nada por ese desgraciado?

—¿Eh? —inquirió Templer—. ¿Qué diablos quieres decir, Sonia?

—Que ese hombre, papá, ha enviado un transmisor de emergencia para pedir auxilio, no para divertirnos con sus horrendas aventuras.

El millonario miró a Dalton.

—¿Es eso cierto, señor?

—Sí.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros.

—Todo depende —dijo— de los datos que nos proporcione al final del relato. Si se encuentra en algún punto cercano a la ruta del «Aigle», estoy obligado a hacer lo posible por salvarlo...

—¡Naturalmente que lo hará! —exclamó Sonia, con una vehemencia extraordinaria—. ¿No es verdad, señor Opperheim?

Frank, que estaba ensimismado, se sobresaltó.

—¿Decía usted, señorita?

—Que hay que intentar hacer algo por ese desdichado. ¿No le parece?

—Creo que es nuestro deber.

Dalton asintió:

—Está bien, amigo mío... Puede ir estudiando esta noche la trayectoria de ese transmisor de emergencia. Procure determinar su origen con la mayor precisión posible. Nosotros vamos a descansar. Mañana

seguiremos oyendo las manifestaciones de ese hombre.

—¡Voy a soñar con todo lo que hemos oído hasta ahora!

—exclamó Sonia.

Salieron de la cabina, y Frank, cogiendo el transmisor, lo llevó a su cuarto y empezó a hacer complejos cálculos.

A la mañana siguiente, ya estaban todos en la cámara del capitán, ante el aparato.

—Póngalo en marcha, Frank... ¿Ha logrado terminar los cálculos?

—Aún no señor; pero no tardaré mucho en presentárselos.

—Está bien. Dejemos que Alan Well siga hablando...

Volví al campamento acompañado por los cinco enanos obesos...

Bart seguía allí y abrió los ojos como platos, al verme llegar.

—¿Qué significa esto, Alan?

Se lo expliqué, a mi manera. Mientras, los enanos gordezuelos comían con excelente apetito, ante las miradas horrorizadas que les dirigía Campbell.

—¡Dios mío! —exclamaba Bart, de vez en cuando, mientras terminaba de explicarle lo acontecido. ,

—¿En qué clase de mundo nos hemos metido, Alan?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, Bart; pero empiezo a sentir que mis fuerzas flaquean... Esto debe ser la maldición más horrible que ha caído sobre un puñado de hombres...

—Hubiera sido mejor ir a parar a un planeta hostil, poblado por feroces criaturas... Así, por lo menos, hubiésemos ido cayendo uno tras otro; pero normalmente, sin que nos ocurriesen todas estas cosas espantosas.

Fue entonces cuando apareció Mark.

Se quedó mirando a los cinco enanos, con los puños cerrados. Después

se volvió hacia mí.

—¿Qué broma es ésta, Alan?

Sonreí.

—Ninguna broma. He ahí el resultado de la soldadura de Fred y Harold.

—¡¡Esto es una trampa!!

Uno de los enanos se le acercó.

—Ahora ya no te atreverás a atacamos, perro. ¿Te das cuenta? Somos cinco y te tendremos a raya o te destrozaremos en cuanto te propongas molestarnos…

Mark se dio cuenta de que tenía las de perder. Y, dando media vuelta, desapareció nuevamente.

No le vi hasta tres días después.

Fue al acercarme a la astronave, cosa que solía hacer de vez en cuando, en un atardecer mortecino, cuando le vi, vagamente, moviéndose entre los motores del aparato.

Me acerqué, con cautela.

—¿Qué haces, Mark?

Volvióse, adelantándose, hasta la zona donde la luz le iluminaba de lleno.

Lancé un grito de horror, retrocediendo.

—¡¡No puede ser!! —dije.

Porque, como si ya no hubiese suficientes cosas extrañas, el Mark que tenía delante se había convertido en un verdadero monstruo.

Dos cabezas surgían de su cuello y tres brazos de cada lado de su cuerpo.

—¿Oye te ha pasado, Oían? — pregunté, sin acercarme.

—¿Qué te importa, Alan? ¡Déjame en paz!

—¿Qué intentas hacer?

—Voy a arreglar la astronave y me iré... Puedes decírselo a tus repugnantes enanos...

—¿Yo?

—Sí. Y que sea la última vez que te acercas por la astronave.

Cuatro de sus seis brazos blandían sendas herramientas y su gesto amenazador me hizo retroceder aún más.

—¿Te has vuelto loco, Mark?

Lanzó una doble carcajada, horrible, ya que poseía dos bocas.

—¡Lárgate de aquí, imbécil! Y di a los enanos que ahora puedo manejar seis armas a la vez... ¡Que no intenten acercarse!

Me alejé.

Primeramente tomé el camino del campamento; pero después me detuve, reflexionando profundamente.

¿Para qué seguir unido a aquella pandilla de locos?

Lo mejor era alejarse, huir de allí, escapar cuanto antes de aquellos que iban siendo presa de un fenómeno inexplicable.

¡Huir!

Pero no solo. Me quedaba Bart, que parecía haber escapado a aquella misteriosa Ley creadora de monstruosidades. Por eso, quedamente, decidí volver al campamento y hablé con Campbell, explicándole mi proyecto.

—¿Dónde iremos, Alan? —me preguntó.

—No importa. He pensado que esta parte del planeta debe estar bajo el influjo de algunas Leyes espantosas... ¡Vámonos de aquí, amigo mío! Es posible que la suerte que hemos tenido hasta ahora, de no sufrir cambio alguno, siga favoreciéndonos.

—Está bien.

Nos movimos con todo cuidado, de forma que los enanos no se percatasen de nuestra marcha. En realidad, los «derivados Fred-

Harold», como Campbell los llamaba, hacían su vida aparte y casi nunca hablaban con nosotros.

Nos alejamos lo más rápidamente posible, eligiendo una dirección opuesta a la astronave y también a la horrorosa «ciudad de las manos» en la que habían empezado nuestras tribulaciones.

El terreno era igual al que conocíamos y la noche facilitaba extraordinariamente nuestra huida. Habíamos cogido armas y provisiones suficientes para un par de semanas...

¿Qué podía importarnos lo que sucediese después?

Durante toda la noche anduvimos sin cesar, deteniéndonos, al amanecer, ante la entrada de un estrecho desfiladero. Estábamos tan tremendamente cansados que caímos en un sueño profundo, sin decirnos absolutamente nada.

Soñé que habíamos logrado escapar de aquel mundo y que veíamos, por nuestro visor de proa, la rosada esfera de la Tierra, experimentando una sensación de indefinible gozo.

Nada nos importaba que las autoridades terrícolas del Gobierno Mundial nos castigasen a unos meses de prisión, aunque devolviésemos el oro. Todo lo contrario, nos sentiríamos dichosos de la Penitenciaría, lejos de los horrendos peligros del «planeta maldito».

Desperté el primero.

Bart seguía durmiendo, pero no le molesté, preparando un sabroso desayuno, cuyo olor, indudablemente, le despertó.

—¿Por qué no me has llamado antes, Alan? —inquirió desperezándose.

—Es igual.

Comimos con excelente apetito. Después, cuando hubimos terminado, señalé el desfiladero:

—Pasaremos por ahí. Tengo idea de que, al otro lado, nos encontraremos en una zona más viable.

—¡Ojalá no te equivoques!

Recogimos los utensilios y nos pusimos en marcha.

Nos sorprendió la oscuridad que reinaba en el interior del desfiladero; pero aquello no nos arredró y seguimos caminando, hacia una zona de claridad que se veía al fondo.

Cuando llegamos allí, ya era demasiado tarde.

¿Hasta cuándo iban a durar los horrores de aquel planeta?

Nos detuvimos, asombrados y aterrorizados, al mismo tiempo. Porque el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos no era, ciertamente, consolador, ni mucho menos.

—¡Hambre!

—¡Hambre!

—¡Hambre!

—¡Hambre!

Eran las voces que resonaban, multiplicadas por los ecos, por tedas partes.

¿Y, de dónde procedían aquellas voces?

¡De las cabezas que emergían de las rocas, por todos los lados, y cuyos ojos nos miraban ansiosamente!

Cabezas humanas, cuyo cuello parecía soldado a las rocas de las paredes del desfiladero.

—¡Vámonos de aquí, Alan! —suplicó Bart.

Pero había algo que nos retenía; una sensación de piedad que, por encima de todo, se había apoderado de nosotros.

Había tanta expresión de sufrimiento en aquellos seres; es decir, en aquellos rostros —que era lo único visible — , que nos sentimos conmovidos hasta lo más profundo de nuestros seres.

—¿Qué hacemos?

Me estremecí.

—Tendremos que darles de comer... ¡pobrecillos!

—Pero... ¡son muchos!

Así era, en efecto; cientos y cientos de cabezas salían de las rocas. Las había de todos los tamaños, desde algunas de niños de una decena de años, hasta otras de venerables ancianos, con los largos cabellos blancos o barbas hirsutas del mismo color.

—¡Hambre!

—¡Hambre!

—¡Hambre!

Era enloquecedor el concierto de aquellas desesperadas y plañideras voces, que penetraban en el interior de nuestros cráneos, amenazando hacerlos estallar.

No pude resistir más.

Abriendo los paquetes de provisiones, empecé a meter trozos de comida en las hambrientas bocas.

—¡Gracias!

—¡Gracias!

—¿Y yo, amigo?

—¡Dame un poco!

—¡Un poco, solamente!

Bart me imitaba y nos multiplicábamos, repartiendo las raciones que llevábamos.

No nos dábamos cuenta, en aquel momento, de lo que estábamos haciendo. Y seguíamos alimentando a aquellas cabezas, sonriendo al oír el agradecimiento que expresaban sus rostros, muchas veces inundados de lágrimas. Era un espectáculo enternecedor.

Yo me preguntaba qué clase de castigo habían recibido aquellos seres, para ser empotrados en la piedra y quién podía haber hecho aquella canallada.

Seguimos repartiendo, de la mejor manera posible, los alimentos que llevábamos. Poco a poco, las raciones fueron disminuyendo, hasta que se terminaron por completo. Sólo entonces nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho.

Fue Bart quien exclamó:

¡Nos hemos quedado sin provisiones! ¿Qué haremos?

Volveremos al campamento — repuse.

Y entonces, con un sordo rugido, las rocas que había detrás nuestro empezaron a caer, tapando la salida.

Al mismo tiempo, las cabezas se volvieron hacia nosotros, lanzando formidables carcajadas.

Bart se llevó las manos a la cabeza.

¡Voy a volverme loco, Alan!

¡Huyamos!

Corrimos, por el estrecho pasadizo, hiriéndonos las carcajadas que resonaban, junto a nuestros oídos, a ambos lados.

Yo, más que asustado, estaba furioso.

Por eso, al salir, incapaz de resistir más aquella horrenda burla, de los que debían estar agradecidos de nuestro sacrificio, sin poderme contener, disparé sobre una de aquellas cabezas, destrozándola de un balazo. Entonces, como si aquello hubiese desencadenado algo extraño, las cabezas desaparecieron en la roca, quedando el desfiladero como antes estaba.

CAPÍTULO VI

PERDI a Bart sin saber cómo...

El desfiladero desembocaba en una especie de laberinto de roca y fue seguramente por allí, cuando corríamos como locos, huyendo de las horrorosas cabezas, cuando debió extraviarse.

— ¡Bart! ¡Bart! —llamé. Pero nadie me contestó.

Mi estado de ánimo iba decayendo y me encontraba cada vez con

menos ganas de seguir luchando. Por otra parte, no tenía nada para llevarme a la boca y el panorama del próximo futuro no podía ser más amargo.

Anduve cerca de una hora, hasta llegar a una especie de oasis, con palmeras y agua, que consideré como un verdadero Edén, ya que solucionaba, al menos por el momento, mi pavoroso problema.

¡Cuánto me hubiera gustado tener a Bart a mi lado!

Porque estaba completamente seguro de que mi compañero no había tenido tanta suerte como yo y que andaría, en aquellos momentos, perdido entre el laberinto rocoso, sin agua ni víveres, condenado a un fin horrible.

Me estremecí.

Sacié mi hambre con los dátiles de las palmeras y mi sed en el agua de un manantial que surgía entre ellas. Después de todo, no podía quejarme de aquella suerte que me acompañaba.

Cuando comí me sentí cansado y, sin darme cuenta, recostado a la sombra del palmeral, me quedé dormido.

No se me ocurrió, en aquel momento —¡imbécil de mí! —, pensar en que me hallaba en un planeta helado y que aquel clima tropical no podía ser, en modo alguno, nada normal ni real.

Pero, ante un hombre hambriento y sediento, el oasis era un precioso lugar, un sitio tranquilo en el que podía sobrevivir, venciendo las dificultades que hasta entonces había encontrado.

Hasta recuerdo que soñé con cosas agradables y que, sin darme cuenta, reviví mi última aventura amorosa, en una playa francesa, con una deliciosa joven, con la que estuve a punto de casarme.

Creo que hasta sonreí, en sueños, lamentándome de haber olvidado las mujeres de aquella total manera. Pero no era extraño, ya que la vida que habíamos llevado, desde que llegamos al planeta, no había sido precisamente favorecedora de recuerdos amables.

En la playa francesa hacía un agradable calorcillo.

Yvonne, así se llamaba la chica, estaba a mi lado, en traje de baño. Y yo la contemplaba, con los ojos entornados, evitando en lo posible el reflejo cegador de! sol.

Y, al abrir los ojos, vi a la muchacha que, a mi lado, me sonreía.

No, no estaba soñando, ya que esta joven no se parecía en nada a Yvonne; aquélla era rubia, de piel blanca y ésta era morena, con una hermosa cabellera de enebro.

Pero, de todas formas, yo creí seguir soñando o ser víctima de la más agradable alucinación que un hombre puede tener en su vida.

Porque bonita lo era hasta lo ilimitado.

Me senté, esperando que aquella maravillosa visión se desvaneciese, al tiempo que yo recobraba la normalidad de mí espíritu.

—¡Hola! —saludó.

Era indudable su existencia y tuve que convencerme, a pesar mío.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bella.

—¿Qué hace usted aquí?

—Caímos, hace mucho tiempo, mis padres y yo, en una astronave... Hace mucho tiempo —repitió entornando los ojos—. Yo no era más que una niña...

—¿Y sus padres?

—Murieron.

Y sus ojos se entornaron, entristeciéndose su rostro.

—¿No ha visto nada anormal en este planeta?

Se estremeció.

—Sí. Mis padres estuvieron en la «ciudad de los brazos»...

—Yo también.

—¿Está usted solo?

Le conté nuestra historia, sin ocultarle nada. Ella me escuchó atentamente, estremeciéndose de vez en cuando.

—¡Qué horrible!

—Sí, espantoso. No sabe cuánto me alegro de haberla encontrado. La soledad…

Me sonrió.

—Yo también estoy contenta de haberle hallado… ¡Llevo seis años sola!

—¿Y ha podido resistir?

—Sí. Mis padres me dijeron que no me moviese de este oasis… Aquí no falta ni la comida ni el agua… ¿Qué más podemos pedir?

—Nada. Pero ¿no ha pensado en la Tierra? ¿En volver?

—Muchas veces; pero no a la Tierra. Soy venusiana.

—¡Ah!

Yo había oído hablar de la belleza de las mujeres de Venus; pero, en realidad, jamás había visto ninguna.

Y así pasaron los días, o las semanas, o los meses ¿quién podía contar el tiempo en aquel paraíso?

Indudablemente, las cosas tuvieron que seguir un curso normal. Y así, nos enamoramos el uno del otro, contribuyendo a dulcificarnos la vida un poco, logrando olvidar, por mi parte, todas las miserias que había pasado hasta entonces.

Era increíble tanta felicidad…

No era la nuestra más que una amistad amorosa, algo lleno de la pureza que yo deseaba. Tendríamos tiempo, más tarde, cuando ya no hubiera posibilidad alguna, de formalizar unas relaciones que habían nacido de una manera tan extraña.

Hasta que un día…

Yo había trepado, ágilmente, a una de las palmeras, descendiendo momentos después con una deliciosa carga de dátiles. Ella estaba junto al manantial y fue limpiando la fruta que yo iba entregándole.

Trepé nuevamente.

Desde arriba, a una altura de más de quince metros, la veía, afanándose, más deliciosa que nunca.

Fue entonces cuando, desde mi atalaya, vi al reptil.

Era una pequeña serpiente de color negruzco, que avanzaba reptando lentamente, a espaldas de la joven.

La sangre se me heló en las venas.

Durante unos segundos fui incapaz de hacer el menor movimiento ni de despegar los labios; después, bruscamente, percatándome del horrible peligro que se cernía sobre la muchacha, le grité, desesperadamente:

—¡Bella, cuidado!

Ella se volvió, mirándome, con aquella deliciosa sonrisa que tanto amaba yo.

—¡Bella! ¡Detrás de ti! ¡Una serpiente!

Se volvió, pero demasiado tarde.

Al mismo tiempo que su alarido de horror, me llegó, distintamente, el silbido del ofidio, que se había lanzado, como un tétrico resorte, clavando sus colmillos en la blanca garganta de la muchacha. Bajé a toda velocidad, descolgándome el último tramo y cayendo brutalmente al suelo, desde una de las últimas ramas. Durante unos instantes, anonadado por el golpe, permanecí allí, junto al pie de la palmera. Después, incorporándome, corrí hacia donde se hallaba Bella, encontrándola en el suelo, con una indecible expresión de dolor en el rostro.

—¡Bella!

Abrió los ojos, que tenía entornados, y me miró larga y profundamente; pero, por más que insistí, no pude lograr que me dijese una sola palabra, cosa que me demostraba que el veneno del odioso reptil debía haberle paralizado los músculos fonadores.

Hasta aquel momento no había pensado en la serpiente, tan horrorizado estaba ante la muchacha; pero aunque la busqué por todas partes, no conseguí encontrarla.

Fue entonces, momentos más tarde, cuando Bella me hizo un gesto, indicándome que me acercase. Obedecí y ella, señalando hacia mi espalda, me hizo volver para mirar hacia el lugar que me indicaba.

Su rapidez fue asombrosa.

Antes de que pudiese darme cuenta, se había apoderado de mi revólver y, llevándoselo a la sien derecha, disparaba contra su cabeza, deshaciéndose la parte superior del cráneo.

Me quedé helado, sin saber lo que hacer, mirando horrorizado aquella criatura que había colmado mis esperanzas durante un cierto tiempo, que había aparecido bruscamente y que ahora se iba, quizás aún más bruscamente.

Incapaz de coordinar una sola idea, me separé del cadáver, pensando en que le enterraría más tarde. En aquel momento sólo tenía ganas de meditar tranquilamente, quizá para hacer que mi dolor fuese aún más intenso...

Cuando volví junto al cuerpo, al lado de la fuente, me esperaba otra sorpresa.

Pero, a veces, les juro que todo esto empieza a dejarme in-

—¡Qué horror! ¿No les parece?

—Es verdaderamente tremendo —dijo su padre.

Una nueva pausa se produjo; después, la muchacha se volvió hacia el comandante:

—¡Hay que hacer algo por ese hombre, señor!

—¿Cree usted que estará todavía vivo? —inquirió Templer.

El comandante se volvió hacia Frank.

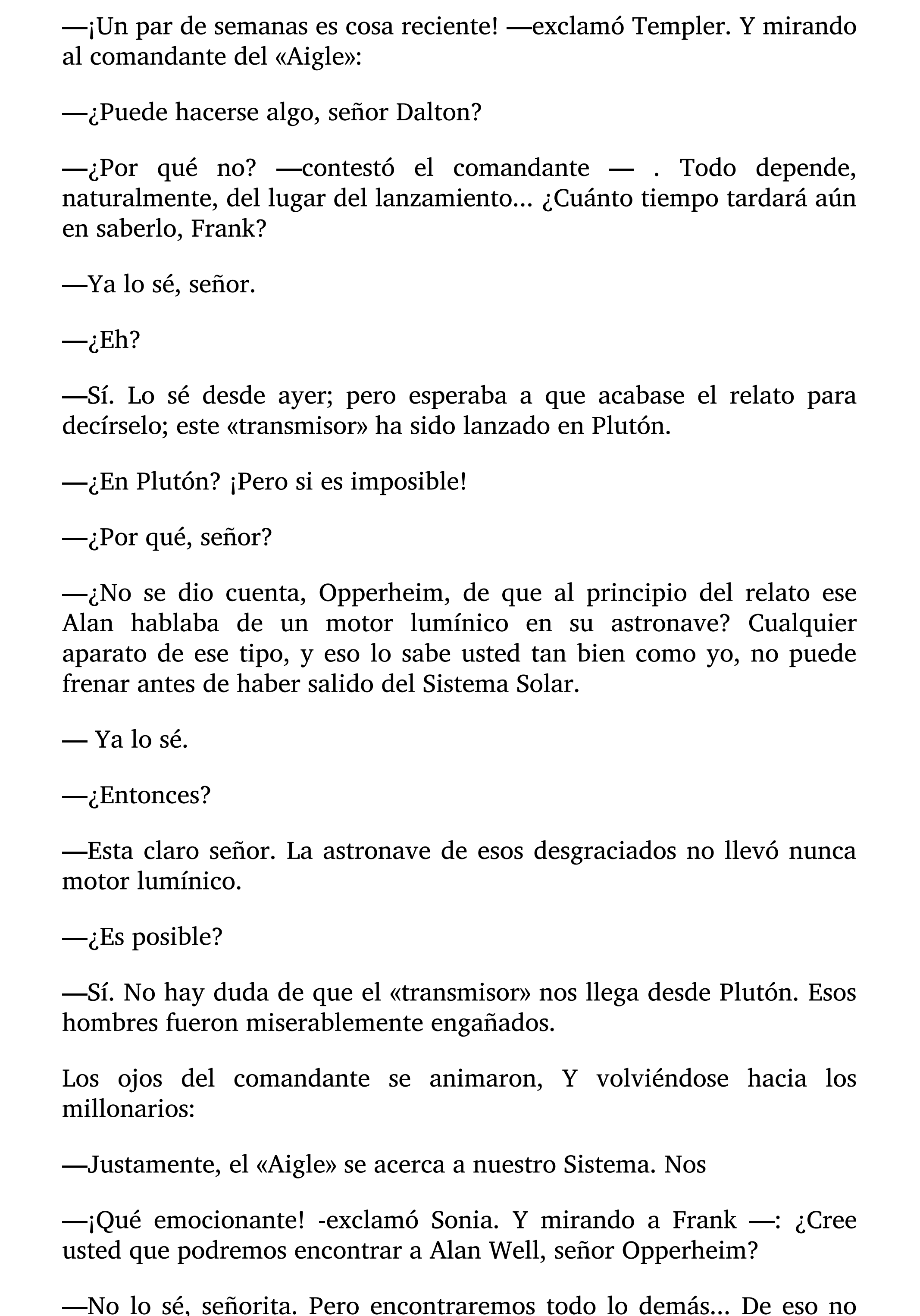
—¿Qué fecha da el «transmisor», Opperheim?

—Hace un par de semanas que fue lanzado, señor.

—¿Cómo puede saberlo? —inquirió la joven, con curiosidad—. No se ha mencionado fecha alguna durante el relato.

Frank sonrió:

—Todos estos aparatos llevan su reloj de tipo universal, en su parte posterior. Se trata de un mecanismo energético, que mide, por la cantidad de sustancia consumida, el tiempo que ha pasado desde que se puso en marcha. Una especie de reloj de arena del siglo XV...



—¡Un par de semanas es cosa reciente! —exclamó Templer. Y mirando al comandante del «Aigle»:

—¿Puede hacerse algo, señor Dalton?

—¿Por qué no? —contestó el comandante — . Todo depende, naturalmente, del lugar del lanzamiento... ¿Cuánto tiempo tardará aún en saberlo, Frank?

—Ya lo sé, señor.

—¿Eh?

—Sí. Lo sé desde ayer; pero esperaba a que acabase el relato para decírselo; este «transmisor» ha sido lanzado en Plutón.

—¿En Plutón? ¡Pero si es imposible!

—¿Por qué, señor?

—¿No se dio cuenta, Opperheim, de que al principio del relato ese Alan hablaba de un motor lumínico en su astronave? Cualquier aparato de ese tipo, y eso lo sabe usted tan bien como yo, no puede frenar antes de haber salido del Sistema Solar.

— Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Esta claro señor. La astronave de esos desgraciados no llevó nunca motor lumínico.

—¿Es posible?

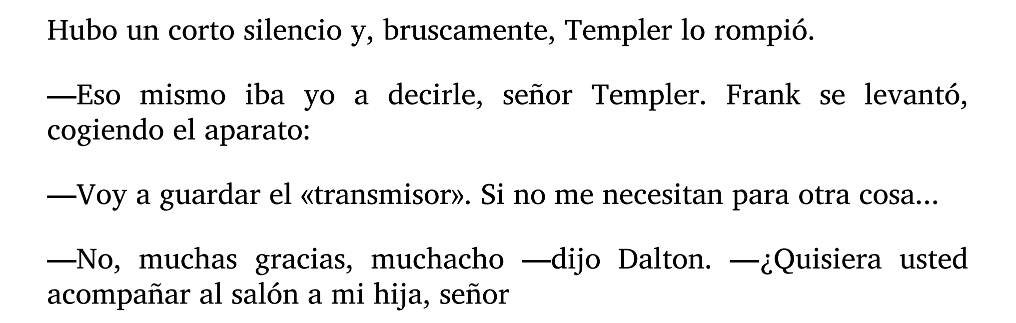
—Sí. No hay duda de que el «transmisor» nos llega desde Plutón. Esos hombres fueron miserablemente engañados.

Los ojos del comandante se animaron, Y volviéndose hacia los millonarios:

—Justamente, el «Aigle» se acerca a nuestro Sistema. Nos

—¡Qué emocionante! -exclamó Sonia. Y mirando a Frank —: ¿Cree usted que podremos encontrar a Alan Well, señor Opperheim?

—No lo sé, señorita. Pero encontraremos todo lo demás... De eso no tengo la menor duda.



Hubo un corto silencio y, bruscamente, Templer lo rompió.

—Eso mismo iba yo a decirle, señor Templer. Frank se levantó, cogiendo el aparato:

—Voy a guardar el «transmisor». Si no me necesitan para otra cosa...

—No, muchas gracias, muchacho —dijo Dalton. —¿Quisiera usted acompañar al salón a mi hija, señor

Opperheim? —inquirió Templer.

—Será un placer. ¿Vamos, señorita? —Sí.

Salieron y la puerta se cerró tras ellos. -No creí que este viaje -dijo ella- me reservase algo tan interesante como eso...

—Pues ya lo ha visto usted, señorita... Yo tampoco pensaba en algo semejante.

—¿Se alegra de que haya ocurrido?—En cierto modo..., sí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay cosas, en todo lo que hemos oído, que parecen guiarme hacia una idea concreta, que podría explicar todo lo ocurrido... y lo que debe ocurrir aún...

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué no se explica más claramente? ¡Estoy muerta de curiosidad!

El la miró fijamente, como no lo había hecho hasta entonces.

—¡Ojalá pudiese explicárselo, señorita! Pero no puedo...

—¿Porqué?

—Por que me falta algo para estar completamente seguro de que las palabras de Alan Well no fueron dictadas por la demencia... —su voz se animó, al percatarse de la mueca de desilusión que aparecía en el rostro de la hermosa muchacha—. Pero no se preocupe, señorita Templer; le prometo que en cuanto tenga una cierta seguridad, usted será la primera en conocer la realidad de los hechos.

Templer ofreció un habano a! comandante y se arrellanó en el sillón que ocupaba.

—Ha sido una casualidad que cuando yo le dije que deseaba hablar con usted, me dijese usted lo mismo.

—No sé si se tratará de idéntico asunto.

El millonario sonrió:

—¡Seguro! ¡Charles Templer tiene un olfato formidable y conoce bastante a sus semejantes!

—¿Quiere usted decir que sabe lo que voy a decirle?

—Sí.

—Me gustaría que dijese de qué deseo hablarle...

—Del oro.

La enérgica contestación de Templer sorprendió al otro que, con los ojos muy abiertos, se extrañó:

—¿Cómo lo adivinó?

—Lo deduje. Usted, mi querido Dalton, es un hombre cansado y que desea, sea como sea, salir de este servicio espacial, que ha consumido la totalidad de su vida, de una manera que, en estos momentos, califica usted de absurda y estúpida. ¿No es verdad?

—Sí.

—Nada más natural, por lo tanto, que ante algo tan inesperado como ese tesoro robado por esos bandidos, piense usted que ha llegado la magnífica ocasión de liberarse de todo esto, sin necesidad de esperar una licenciatura, que jamás le dejaría en idénticas condiciones.

—Es verdad.

La sonrisa de Templer se acentuó.

—Yo también deseo el oro.

—¿Usted?

—Sí. Ya sé qué va a decirme que mi deseo es absurdo, ya que soy uno de los hombres más ricos de la Tierra; pero es desconocer el mundo de los negocios y el corazón de los que los hacemos... El dinero nunca ha sobrado a nadie, mi querido Dalton. Y esos millones pueden

representar nuevas empresas, mayor poderío, zonas vírgenes de explotación, que dilaten mi imperio comercial.

Los labios de Alfred se movieron, como si fueran a replicar a Templer; pero éste, con un gesto, cortó el deseo de su interlocutor:

—No, no diga nada... Usted no tiene que preocuparse en absoluto. Charles Templer le proporcionará cuanto desee, sin necesidad de que corra usted el peligro de ser descubierto, al intentar vender el oro marcado por el Banco Mundial... Convertirlo en dinero es para mí un juego de niños.

»Usted no tiene más que hacer lo que yo le diga; detener la nave a cierta distancia de Plutón. Bajaremos los dos en un cohete biplaza, sin explicar a nadie el motivo de nuestro... "paseo"».

—¿Y Frank?

—Eso ya lo arreglaré yo. Le he observado atentamente y he comprendido que está tan disgustado como usted de viajar de esta manera indefinida... Lo verdaderamente importante es que ninguno de los que robaron el oro regrese a la Tierra, Su silencio completo y definitivo es nuestra única garantía.

Los ojos de Dalton brillaron como ascuas.

—No se preocupe, señor. Ninguno de elfos, si es que encontramos a alguno, regresará a la Tierra.

CAPÍTULO VII

El «Aigle», después de un frenazo de más de once mil kilómetros, ya que había suprimido sus motores «a fotones», poniendo en marcha los supletorios atómicos de frenaje, se detuvo a dos mil kilómetros de Plutón, creando una órbita en la que se movía lo suficiente para vencer la fuerza de atracción de! pequeño planeta.

Uña vez que la maniobra fue hecha, los aparatos de transmisión del «Aigle» comunicaron a los pasajeros y tripulación que aquella parada obedecía a instrucciones del Servicio de Seguridad del Sistema, que

había comunicado el paso de una «nube de peligrosos aerolitos en la zona de Urano». Cosa corriente en aquella época, nadie sospechó absolutamente nada y, por otra parte, un incremento de las diversiones y fiestas a bordo hizo que se olvidase rápidamente aquella corta parada.

Dalton había llamado a Frank a su despacho.

—Míster Templer y yo —dijo, sin rodeos—, vamos, en un cohete biplaza, a desembarcar en Plutón. No quiero ocultarle que nuestro deseo es de recoger el oro robado... cuyo destino estudiaremos más tarde. Cuento con su silencio, Opperheim.

—Cuente con él, señor.

—Gracias.

—¿Puedo decir algo? -Sí.

—¿No podría formar parte de la expedición?

—No lo creo necesario...

—Yo sí, señor... Y quiero advertirles que van a enfrentarse con algo diabólicamente fuerte; una potencia que puede causarles muchos disgustos.

—¿Cómo lo sabe?

—No tengo completa seguridad aún, comandante; pero, de todas formas, la existencia de ese poder maligno se deduce de las manifestaciones de Alan Well...

—¡Bobadas! ¡Memeces de un hombre demasiado imaginativo! Por otra parte, agradeciendo su ofrecimiento, puedo asegurarle que no nos ocurrirá nada, ya que nos limitaremos a recoger el oro, si lo encontramos, y regresar inmediatamente al «Aigle». Usted sabe, como yo, que no podemos prolongar indefinidamente esta parada...

—¿Cómo piensan encontrar el oro?

—Llevamos un contador «Werker» para la detección de metales nobles. No será muy difícil.

—Comprendo.

—Durante mi ausencia, y demostrándole la confianza que le tengo,


voy a cederle el mando, aunque nada ocurrirá, estoy seguro.

—Sí, señor.

Dalton le tendió la mano, que el otro estrechó.

—Gracias por todo, Opperheim. Ni míster Templer ni yo olvidaremos esto.

—No tiene ningún mérito, comandante.

Acompañó a Dalton hasta la exclusa por la que saldría el cohete biplaza que, por otra parte, ya estaba dispuesto.

Templer estaba allí.

Al ver al joven, su rostro se alegró y estrechó su mano.

—Le confío a Sonia, amigo mío. La he dejado durmiendo y es casi seguro que se enfurezca, al despertar cuando compruebe que me he ido y que no la he llevado —sonrió—. Es un poco caprichosa, pero prefiero que se quede aquí… Usted le razonará un poco, ¿verdad?

—Así lo haré.

—Muchas gracias.

Frank fue a decir que tuviesen mucho cuidado; pero sus labios apenas si se movieron. La actitud decidida de los dos hombres le cortó la frase, antes de que ésta se formase en su garganta.

Separándose de los dos, salió del compartimiento estanco, contemplando, desde el otro lado, a través de una lámina transparente, cómo se abrían las compuertas sobre la negrura del espacio exterior y cómo el cohete salía dulcemente, propulsado por una catapulta neumática, encendiéndose, una vez fuera, sus toberas, y desapareciendo vertiginosamente en el espacio.

Frank contempló las compuertas que se cerraban y se dirigió hacia su cabina. Apenas acababa de entrar cuando el «intervisor» se puso a zumbar insistentemente.

La pantalla le reflejó la imagen de Sonia.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días. ¿Ha visto a mi padre?

—Yo, es decir…

Las palabras no le salían como él hubiese deseado y ella adivinó lo que había ocurrido.

—¿Se han ido, eh?

—Verá…

—¡Haga el favor de venir a mi camarote, señor Opperheim!

—En seguida.

Lo hizo y encontró a la joven hecha una verdadera furia.

—¡Jamás se lo perdonaré! ¡Dejarme aquí después de lo que he oído en ese aparato!

Y mirando fijamente a su interlocutor, preguntó:

—¿Y usted? Yo creía que deseaba ir, que era el más interesado en hacerlo. ¿Cómo se ha quedado aquí?

Frank sonrió, tristemente.

—Yo no soy nadie, señorita. Ya sabe usted aquello de «donde hay capitán, no manda marinero». El comandante no me ha dejado ir… Y lo siento.

—Lo comprendo,

Y, bruscamente, en contacto con la realidad, preguntó:

—¿No les ocurrirá nada, verdad?

Había una tremenda ansiedad en su voz.

Frank se sintió molesto.

—No me oculte nada, Frank, se lo ruego… Es algo espantoso, ¿verdad?

El joven no pudo resistir más.

—Sí, señorita Templer: es algo inconcebible. Un poder que está muy por encima de todo lo que se conoce.., Pero no se preocupe —se apresuró a agregar—. Su padre y el comandante van a limitarse a coger el oro y regresar rápidamente a la astronave. Nada les ocurrirá.

El cohete descendía graciosamente, acercándose, mientras describía órbitas cada vez más pequeñas, al planeta.

—Tendremos que utilizar los trajes espaciales —dijo Dalton.

—¿Cómo? Me pareció oír, cuando hablaba ese Well, que la atmósfera era respirable.

—La de Plutón no lo ha sido jamás... No me explico cómo pudo decir una barbaridad semejante... Indudablemente, ese hombre terminó volviéndose loco.

—Mientras lo del oro no sea una fantasía.

—No lo creo. Oí algo, por «lumirradio», no hace mucho, sobre un robo en el Banco Mundial de Londres. No, esté seguro de que lo del oro es cierto.

—Me alegra oírle... El resto, todas esas estupideces que creó la mente de ese desdichado, carecen de importancia.

—indudablemente.

Describió el cohete la última órbita, lanzándose en una trayectoria de planeo para el aterrizaje.

—Conecte la radio, señor Templer, y cierre el dispositivo de su aparato respiratorio. Pronto saldremos.

El millonario obedeció.

En efecto, media docena de minutos después y tan graciosamente como había realizado todos sus demás movimientos, el cohete se posó blandamente sobre el suelo plutoniano, deteniéndose, mientras de sus toberas surgían los últimos chorros de fuego.

—Ya hemos llegado.

Después de vaciar el oxígeno del interior del aparato, que debido a su exiguo tamaño no llevaba compartimento estanco alguno, Dalton pulsó el mecanismo de la puerta y ésta se abrió silenciosamente.

—Vamos.

Una oscuridad casi completa les rodeaba. Pero allá, a lo lejos, la mortecina claridad del tenue amanecer de Plutón se iniciaba ya.

—Tendremos que utilizar nuestras linternas —dijo el comandante— El día de Plutón es casi como un atardecer en la Tierra; quizás más oscuro aún.

—¿Cómo pudieron ellos moverse sin linternas?

—Eso es lo que dijo Alan, no lo olvide. Y sus afirmaciones no son, ni mucho menos, dignas de crédito.

Alfred llevaba en la diestra el contador «Werker», un sensible y moderno aparato capaz de captar los movimientos específicos de las moléculas de metales nobles.

Una vaga luz violeta lucía en la minúscula pantalla del aparato.

—Voy a disponerlo de manera que no revele más que los metales situados en la superficie del suelo. Si lo dejamos así, nos haría recorrer todos los posibles yacimientos de este planeta.

—Comprendo.

La línea violeta de la pantalla tardó muy poco en tomar un bello color anaranjado. Cuando el comandante cambiaba la dirección del aparato, la línea desaparecía.

—¡Ya tenemos la dirección! —exclamó gozoso.

—¡Vamos!

Y empezaron a andar, a grandes zancadas, movidos por la emoción y la impaciencia. Muy pronto, apenas diez minutos después de haber iniciado la marcha, el «Werker» empezó a canturrear su canción monorrítmica, como si un mecanismo de relojería hubiese nacido en él.

—¿Le oye usted, señor Templer?

—Sí.

—¡Estamos a menos de una milla de la astronave de Alan Well!

Así era, en efecto.

Poco después, el terreno se hizo más llano, pero, al mismo tiempo, una intensa luminosidad les envolvió.

—¡Mire allí, comandante!

La astronave se veía perfectamente. Pero Dalton prestó una secundaria atención al aparato, mirando en derredor suyo, como si intentase descubrir el origen de la intensa luz que había surgido.

—¿Qué le pasa a usted ahora? —inquirió el millonario.

—Nada. Pero no acabo de explicarme que el día plutoniano sea tan intenso como el de la Tierra...

—Debe de ser algún fenómeno natural, que se desconocía hasta ahora...

—Es posible...

—¡Vamos!

El millonario no podía contenerse y avanzó, adelantándose al otro, ansioso por penetrar en el interior de la astronave.

Pero, al acercarse, algo horrible le detuvo.

—¡Mire, Dalton!

El comandante no tenía necesidad de hacerlo, ya que había visto, al mismo tiempo que su acompañante, el horrendo espectáculo que se desarrollaba junto a la pequeña astronave.

No conocían a ninguno de los protagonistas; pero no era necesario, ya que el escalofriante relato de Alan Well les había puesto en antecedentes.

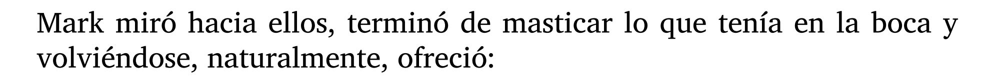
Mark Oían estaba allí.

Y también los obesos enanos que habían resultado de la misteriosa fusión de Fred y Harold.

Pero los unos y los otros estaban ocupando distintos lugares, en el espacio y en la vida.

Mark estaba arrodillado, devorando los restos de uno de los enanos; los otros, cuatro en total, estaban colgados, abiertos en canal, como animales sacrificados, de las ramas de unos extraños árboles vecinos.

Se quedaron tan asombrados, con un escalofrío de terror recorriéndoles las espaldas, que no pudieron ni articular una sola palabra ni hacer el menor movimiento.


Mark miró hacia ellos, terminó de masticar lo que tenía en la boca y volviéndose, naturalmente, ofreció:

—¿Gustan ustedes?

Los dos hombres sintieron náuseas.

Pero no fueron solamente provocadas por la macabra invitación de Mark, sino que cuando éste giró el cuerpo, para mirarlos, vieron aquella cabeza doble y los seis brazos de los que había hablado Alan.

Mark les miraba curiosamente, con una doble sonrisa en su doble boca.

—Vienen a por el oro, ¿verdad?

Dalton no dijo nada, ya que se sentía incapaz de decir palabra; pero Templer, hombre más positivo, cogió aquella frase al vuelo.

—En efecto, venimos a por el oro. ¿Cómo lo sabía?

—No tiene importancia...

Y señalando la astronave:

—Ahí dentro lo tienen.

—¿Podemos cogerlo?

—¿Por qué no?

Le miraron con asombro.

Y Dalton, que parecía haber recobrado el uso de la voz:

—¿ Usted... no lo quiere?

Una doble carcajada escalofriante llegó hasta ellos.

—¿Para qué puedo querer el oro, señores míos? ¿Creen que podría regresar a la Tierra con estas dos cabezas y estos seis brazos? Por muy rico que fuese, nadie se acercaría a mí... Además —señaló los cuerpos de los enanos, que pendían de los árboles—, nadie toleraría mi nueva costumbre. Es una gastronomía que desapareció de la Tierra hace mucho tiempo.

Los dos hombres se miraron.

—Pues, con su permiso, vamos a recoger el oro —dijo Templer —. Si podemos serle útil en algo…

—Después, antes de marcharse, les pediré un pequeño favor.

—Bien.

La puerta de la astronave estaba abierta y los dos hombres, conteniendo a duras penas su emoción, penetraron en el interior, viendo en seguida el robot, cuyo tórax abierto dejaba ver los lingotes de oro, que brillaban intensamente a la luz amarillenta del interior de la nave del espacio.

—¡¡Era verdad!!

Se acercaron, hasta poder acariciar aquellas amarillentas barras, sobre las que pasaron delicadamente sus dedos.

La riqueza allí presente era fabulosa, incluso para el millonario.

—¿Cómo lo llevaremos? ~ inquirió el comandante.

—De ninguna manera, amigos míos.

La voz había sonado por encima de ellos y miraron hacia allí, sintiendo que la sangre se les helaba en las venas.

Porque la puerta estaba cerrada y la doble cabeza de Mark asomaba, un poco, por un estrecho ojo de buey situado en el techo.

—¿Qué significa esto? —inquirió Dalton.

Pero Mark no contestó limitándose a reír.

—¿No dijo que no le interesaba el oro? —preguntó Templer,

—Fue una pequeña mentira, señor… Una especie de cebo para mi caza… ¿Muy ingenioso, eh?

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Luché por ese oro, que salió del banco gracias a mi ingenio… y a la colaboración de «Matilde», más que ninguno de mis estúpidos compañeros… ¿Cómo quieren que no lo

—¿Y qué hará con él? Usted mismo dijo que su monstruosidad le impediría volver a la Tierra…

—¿Quién ¿m hablado de volver a aquel maldito planeta?

—¿Entonces...?

—Entonces, ¿qué?

—¿Para qué le servirá toda esta riqueza?

—Para contemplarla... para acariciarla, como acaban de hacer ustedes... Les dejaré que la sigan acariciando... Ahí, en ese estante, tienen comida.

—¿Es que va a impedir que salgamos?

Los ojos del monstruo brillaron intensamente:

—¿Dejarles... marchar? ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Sabe cuánto me durarán los enanos? Un par de semanas... Luego les tocará el turno a ustedes...

—¡¡No!! – rugió Templer.

Pero Mark había desaparecido.

Y su risa siguió sonando en los oídos de los dos desdichados, como su propia condena a muerte, irrevocable y fatal...

CAPÍTULO VIII

No podemos esperar más tiempo, Frank.

El había notado la palidez que cubría, desde hacía dos días, el rostro de la muchacha, así como las profundas ojeras que cercaban sus hermosos ojos azules.

Una amistad, quizá nacida de las mutuas preocupaciones, les había unido, en pocos días, como sí se hubieran conocido desde niños. Y él, principalmente, se había dado cuenta de que debajo de aquella apariencia de orgullo —quizá impuesto por el ambiente que rodeó a la muchacha— había un corazón de oro, una sencillez maravillosa y un espíritu decidido y valiente.

—¿No vamos a hacer nada, Frank?

—Sí, Sonia. Llevo unos días, como tú ya sabes, malísimos, reflexionando y atando cabos...

—Pero...

—Es que no podemos lanzarnos así como así. Estoy casi al final del horrible problema que encerraban las palabras de Alan Well. Muy pronto me encontraré en disposición de poder enfrentarme con él. Entonces iré a Plutón.

—Iremos.

La miró con sorpresa.

—No, Sonia. Tú no vendrás.

—¿Porqué?

—No quiero exponerte a ningún peligro.

En los ojos de ella había una fuerte luz de desafío:

—¡No podrás impedírmelo, Frank! ¿Has olvidado que mi padre está allí y que es lo único que tengo?

El se mordió los labios.

—Veremos —se limitó a decir.

Aquella misma tarde, cuando comprendió finalmente la esencia del misterio que reinaba sobre Plutón, Frank llamó al oficial Stever, cediéndole el mando provisional del «Aigle».

—Creo —dijo, sonriendo —, que el cohete del capitán ha debido sufrir una avería. Iré a remolcar.

—Es extraño que no hayamos recibido ninguna comunicación por radio. ¿No es verdad?

—También deben de estar los emisores averiados.

—Está bien. No pase cuidado, señor; todo seguirá en orden.

—Perfecto. Sobre todo, que nadie se entere de nada. La ausencia del capitán ha sido debida a un capricho de míster Templer, que quería

conocer Plutón... ¡Deben de estar más que arrepentidos de la aventura!

El otro sonrió, sin sospechar toda la tremenda verdad que encerraban las palabras de Opperheim.

Momentos después, Frank se dirigía hacia una de las exclusas, a babor, cuando se encontró, al salir del pasillo, con Sonia.

—Hola — saludó ella.

—Hola. Iba a dar una vuelta.

—¿Sí? ¡Mira qué casualidad! Yo también iba en la misma dirección.

Incapaz de seguir en serio, él sonrió, siendo imitado por la muchacha.

—Tú ganas, Sonia.

—¿Me llevas?

—Sí.

Ella se lanzó a sus brazos, estrechándole con toda su fuerza.

—¡Querido!

Frank se desasió del abrazo de la joven.

—Tenemos que apresurarnos, Sonia.

El cogió algunas armas, unas provisiones y dos pares de trajes espaciales, modelo «Pilot-S», los más resistentes de todos.

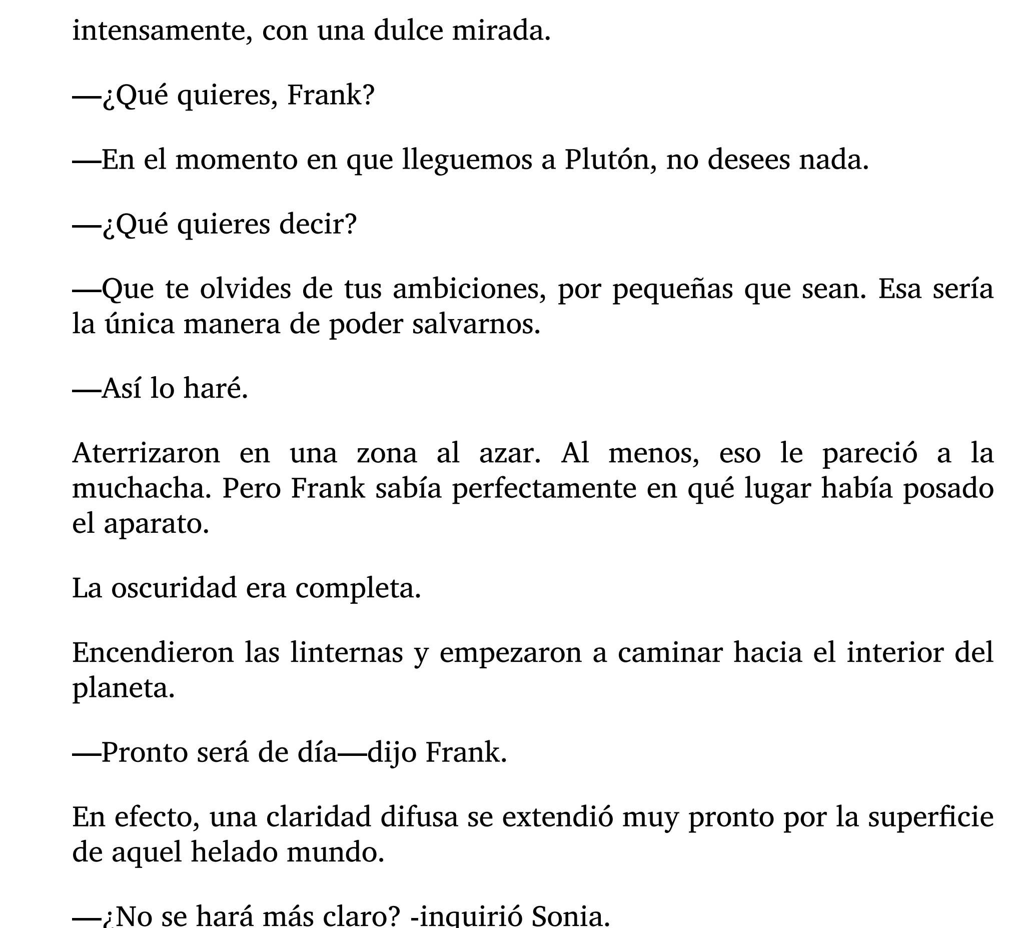
—Ponte éste, Sonia.

—Sí, querido.

Momentos más tarde, ya situados en sus correspondientes asientos del cohete —Frank había elegido el más grande, capaz de ocho plazas —, se abría automáticamente la puerta del compartimento estanco, saliendo la nave al exterior y lanzándose, casi inmediatamente, hacia Plutón.

—He de decirte una cosa, querida...

Era la primera vez que la llamaba así y ella se lo agradeció



intensamente, con una dulce mirada.

—¿Qué quieres, Frank?

—En el momento en que lleguemos a Plutón, no desees nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que te olvides de tus ambiciones, por pequeñas que sean. Esa sería la única manera de poder salvarnos.

—Así lo haré.

Aterrizaron en una zona al azar. Al menos, eso le pareció a la muchacha. Pero Frank sabía perfectamente en qué lugar había posado el aparato.

La oscuridad era completa.

Encendieron las linternas y empezaron a caminar hacia el interior del planeta.

—Pronto será de día—dijo Frank.

En efecto, una claridad difusa se extendió muy pronto por la superficie de aquel helado mundo.

—¿No se hará más claro? -inquirió Sonia.

Y en aquel mismo instante miró en derredor suyo, con una expresión de alegría en el rostro.

—¡Qué luz más maravillosa, Frank!

Intensamente pálido, el joven se volvió hacia ella, cogiéndola fuertemente por el brazo.

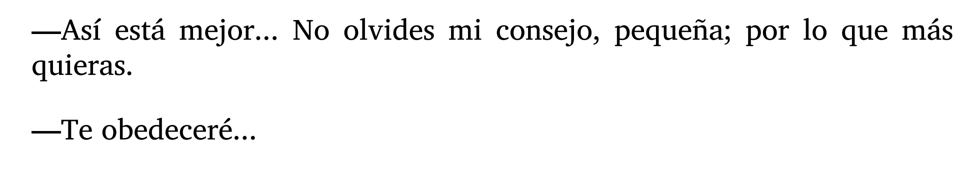
—¡Te dije que no desearas nada, Sonia! ¡Aleja esa luz de ti! ¡Desea ahora, con todas tus fuerzas, la luz natural de Plutón!

Ella le miraba, aterrada.

Luego, al cabo de unos instantes:

—Vuelve a estar oscuro, Frank.

El sonrió.



—Así está mejor… No olvides mi consejo, pequeña; por lo que más quieras.

—Te obedeceré…

A pesar de la luz, se veían obligados a llevar las potentes linternas atómicas encendidas. Allá lejos, como una estrella más, quizás un poco más grande que las otras, un sol desteñido y pálido brillaba en el cielo.

Anduvieron cerca de una hora.

Frank, con los ojos entornados, parecía guiarse por un extraño instinto. Un poco más tarde, súbitamente, se detuvo.

—Debe de estar muy cerca de aquí —dijo.

—¿Quién, querido?

—Ahora lo verás.

Unos pasos más y se detuvieron ante un ribazo pelado, desértico, impresionante por su soledad.

Un hombre estaba sentado sobre la tierra.

—Hola —le saludó Frank.

El hombre levantó la cabeza.

Parecía tremendamente cansado y sus cabellos se habían vuelto blancos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, con una voz apática.

—Unos amigos. Usted es Alan Well, ¿verdad?

—Sí. ¿Recibieron mi mensaje?

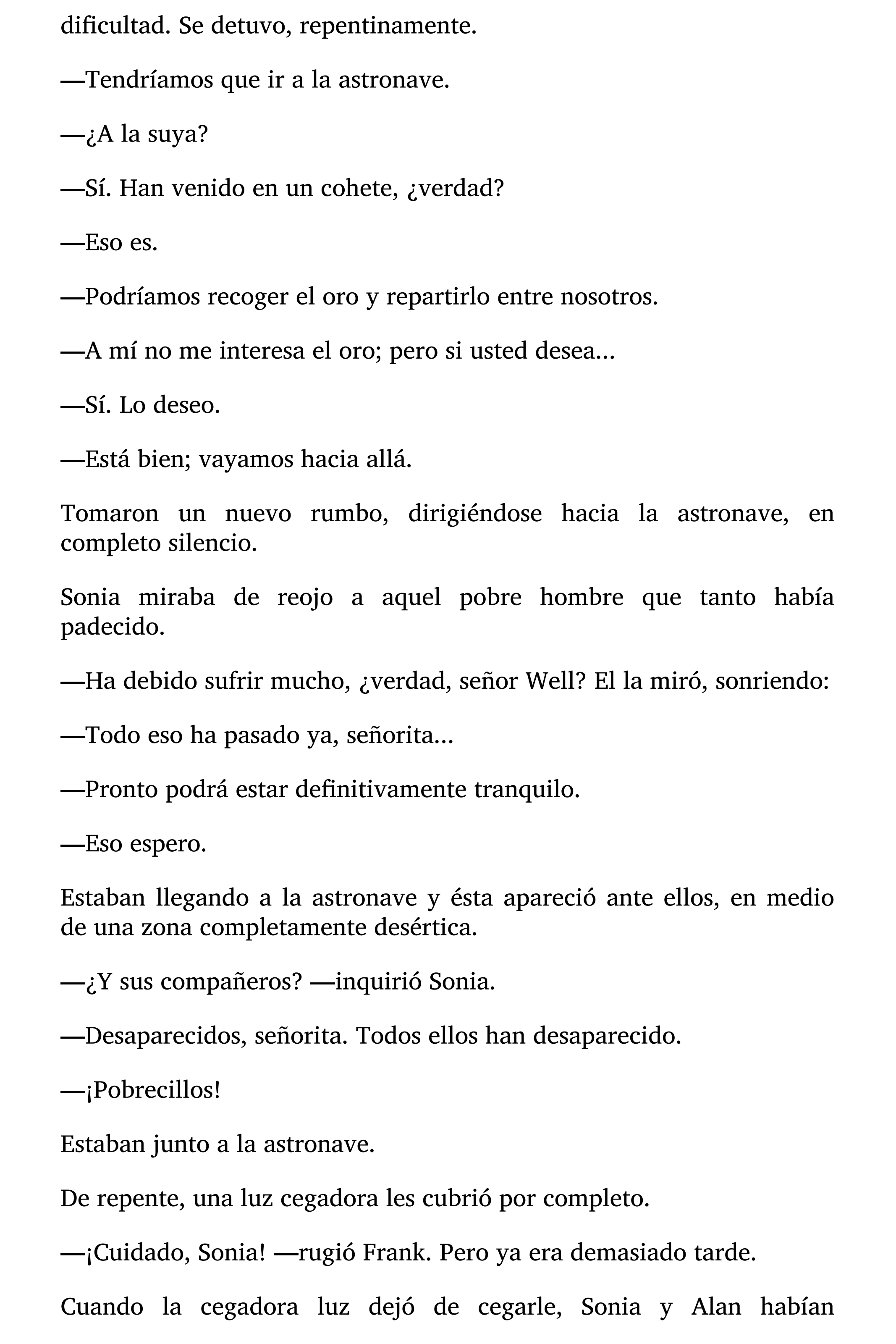
—Sí. Por eso hemos venido.

El rostro del hombre se iluminó un tanto:

—¡Estoy muy contento!

—¿Vamos? —Sí.

Anduvieron unos pasos juntos. Alan parecía andar con cierta


dificultad. Se detuvo, repentinamente.

—Tendríamos que ir a la astronave.

—¿A la suya?

—Sí. Han venido en un cohete, ¿verdad?

—Eso es.

—Podríamos recoger el oro y repartirlo entre nosotros.

—A mí no me interesa el oro; pero si usted desea...

—Sí. Lo deseo.

—Está bien; vayamos hacia allá.

Tomaron un nuevo rumbo, dirigiéndose hacia la astronave, en completo silencio.

Sonia miraba de reojo a aquel pobre hombre que tanto había padecido.

—Ha debido sufrir mucho, ¿verdad, señor Well? El la miró, sonriendo:

—Todo eso ha pasado ya, señorita...

—Pronto podrá estar definitivamente tranquilo.

—Eso espero.

Estaban llegando a la astronave y ésta apareció ante ellos, en medio de una zona completamente desértica.

—¿Y sus compañeros? —inquirió Sonia.

—Desaparecidos, señorita. Todos ellos han desaparecido.

—¡Pobrecillos!

Estaban junto a la astronave.

De repente, una luz cegadora les cubrió por completo.

—¡Cuidado, Sonia! —rugió Frank. Pero ya era demasiado tarde.

Cuando la cegadora luz dejó de cegarle, Sonia y Alan habían

desaparecido.

En cambio, el monstruoso Mark, con sus dos cabezas y seis brazos, estaba ante él.

La primera reacción de Frank hubiese parecido absurda, ya que el peligro que acababa de surgir ante él estaba representado por aquel ser monstruoso, que llevaba una pistola en cada una de sus manos.

Pero el joven permaneció tranquilo, sonriente, aunque estaba profundamente preocupado.

—Hola, Mark.

—¿De qué me conoces?

—De siempre. ¿Por qué te dejaste arrastrar por la ambición? —¿Qué sabes tú de eso?

—Mucho.

El monstruo lanzó un gruñido ininteligible.

—¡Voy a despedazarte! ¡Como a los otros! —¿Los has matado a todos?

—No. Tengo dos en la astronave... Ya me los comeré... Frank permanecía inmóvil, con los ojos fijos en los del otro, sin pestañear.

—¿Por qué me miras así?

La voz del joven se hizo insinuante, tremendamente cautivadora; pero, al mismo tiempo, inflexible y llena de poder.

—Es necesario, Mark... Abandona esas ideas... Recuerda a tus amigos... Ellos te quisieron siempre...

—¡Mentira! ¡Me odiaban que no es lo mismo!

—Bien sabes que no, Oían... Recuerda... Recuerda...

—¡No!

—Es tu salvación, Mark... ¿Me oyes?... Tu salvación... Recuerda todo lo bueno que hiciste... aquella vez que salvaste a Fred...

—¡Odio a ese enano!

—No le odias... —No... Frank sonrió.

Aquella primera palabra significaba un positivo avance; pero la lucha iba a ser aún durísima.

—No le odias, Mark, recuerda... Y tampoco deseas el oro... Tú quieres solamente a tus amigos...

¡Quiero el oro!

El joven se mordió los labios:

—Lo quieres para todos, repartirlo... ¿no es verdad?

Olan tardó unos instantes en contestar:

—Sí, es verdad... Yo no deseo el oro para mi...

Fue fabuloso.

Porque Mark, como si algo prodigioso lo atravesase, fue convirtiéndose en una persona normal.

Sus cuatro brazos supletorios cayeron, desapareciendo antes de tocar el suelo. Y su doble cabeza fue fundiéndose, hasta quedar convertida en una sola.

Frank volvió a sonreír,

—¿Convencido, Mark?

El otro le miraba con asombro.

—¿Quién es usted?

—Ya lo sabrá después. Bástele saber que soy un amigo... Un amigo que fe ha librado de algo horrible.

—Es verdad. En el fondo de mi alma deseaba ardientemente ser como antes... pero no podía.

—Ahora ya terminó esa pesadilla. ¿Vamos?

—Sí.

Los cinco enanos escucharon atentamente. Sus rostros expresaban un odio tremendo y la voz que les llegaba introdujo en sus cerebros una

idea exclusiva de muerte y destrucción,

Y se lanzaron.

Pero Frank sabía que el otro iba a servirse de todas las artimañas, de todas las argucias, antes de ceder terreno. Por eso, con sus sentidos al acecho, percibió la llegada de los obuses enanos.

Era difícil, tremendamente difícil, realizar con cinco lo que había hecho con Mark; pero no se arredró.

—Sois dos, solamente dos —dijo, cuando presintió su llegada—. ¿Cómo podéis defender la mentira de vosotros cinco? Sois dos, desiguales, pero unidos por una amistad maravillosa.

Los enanos seguían avanzando, más amenazadores que nunca.

—¿No os dais cuenta? —decía Frank—. ¡Fijaos en Mark! El mismo va a deciros que sigue queriéndoos como siempre…»

Y volviéndose al otro.

—¡Díselo, Olan!

Y Mark obedeció.

Las palabras de Olan detuvieron a los enanos. A partir de aquel instante, la misma maravilla anterior volvió a repetirse, ahora más formidable aún, ya que los cuerpos de los cinco enanos se fundieron, surgiendo los de Harold y Fred, primero pegados por la espalda, después, inmediatamente, normales como siempre.

Los tres amigos se abrazaron.

—¿Quién es usted? — inquirió Harold, con su rebosante personalidad de siempre —. ¿Qué poder posee para hacer todo <o que está realizando?

—Es una lucha, cuya esencia les explicaré más tarde. Nos queda aún un poco de trabajo.

Y la voz siniestra volvió a sonar.

Esta vez, algo removió la tierra, saliendo de ella completamente inalterado...

¡El cuerpo de Bart Cambell!

«Se llevan tu oro, Bart», dijo la voz.

—No me importa el oro.

La voz tardó un poco en dejarse oír de nuevo.

«Han matado a Alan.»

—¿Quién ha sido?

«Fred, Harold, Mark y un extranjero que ha venido a buscarles.»

Bart se agachó, cogiendo una pistola que yacía en e! suelo. La misma que le sirvió para matarse.

—¿Dónde están esos asesinos?

«Yo te conduciré hasta ellos —dijo la voz—, pero debes obrar con cuidado... No deben desconfiar de ti...»

—Está bien.

«Te quería mucho.»

—Sí. Era el mejor de todos. Siempre se preocupó de que nuestra amistad estuviese por encima de los intereses...

«Tienes que vengar su muerte.»

—No te preocupes. No dejaré ni uno vivo.

La voz le guió y Bart no tardó en ver al grupo de hombres, que se hallaban detenidos junto a un altozano.

Se acercó a ellos.

La alegría de sus amigos fue sincera; pero él seguía bajo la influencia de la voz.

—¡Bart!

—¿Dónde te habías metido, muchacho?

La mano de Campell buscó el arma, sigilosamente.

Y entonces, súbitamente, la voz se apagó, al sonar, vibrante y poderosa, la de Frank:

—¡Ahí llega nuestro querido Alan!

Se volvieron.

En efecto, Alan Well, sonriente y jovial, se acercaba a ellos.

CAPÍTULO IX

FRANK se dio cuenta de que la última batalla debía realizarla valientemente y sin ayuda de nadie.

Por eso, consciente de que el peligro había desaparecido para aquellos hombres, que tanto padecieron, los condujo al cohete en que Sonia y él habían venido a Plutón, ordenándoles que no abriesen a nadie, bajo ningún concepto.

—Yo abriré desde fuera cuando venga —dijo escuetamente.

Y se alejó.

El planeta seguía sumido en aquella oscuridad mortecina, que la lejana luz del sol procuraba.

«Ahora nos toca a ti y a mí, amiguito —se dijo Frank — . ¡Veremos quién vence a quién!»

No tardó mucho en ocurrir lo inesperado.

—¡Frank, querido!

Se volvió, justo para ver llegar a Sonia, que junto con su padre y el comandante, se acercaban jubilosos.

—¡Qué miedo pasé, amor mío! Menos mal que, al verme separada de ti, por aquella luminosidad, me encontré junto a la astronave, donde papá y el señor Dalton estaban encerrados.

—Pasamos mucho miedo, también nosotros —dijo Dalton.

—Ahora todo está arreglado —dijo Frank — . O a punto de arreglarse... ¿Y el oro?

—Mandaré un equipo desde la astronave para que lo recojan —dijo el comandante—. ¡Estoy más que harto de este planeta! Cuanto antes nos encontremos en el «Aigle», mejor que mejor...

—De acuerdo.

La mano de Frank se había hundido, mientras seguía sonriendo, en el interior de su bolsillo.

Repentinamente sacó su pistola y se volvió:

—¡Se acabó todo, amiguito!

¡Y disparó contra Sonia, que se desplomó sin vida en el suelo!

El «Aigle» salió de la órbita, alejándose definitivamente de Plutón.

En el salón central de la astronave, todos estaban reunidos. El «maitre» de a bordo había servido un espléndido desayuno y los cigarrillos, al final de aquél, se habían encendido, llenando el ambiente con un dulzón olor.

—Creo que ha llegado el momento de explicarlo todo.

Las miradas estaban fijas en el rostro de Frank.

—Sí. Ahora ya podemos explicarlo todo —dijo éste—, porque el tremendo peligro que se cernía sobre nosotros ha desaparecido completamente.

»Yo lo intuí, desde el principio, al oír las palabras de Alan; pero no me atrevía a formular una hipótesis decidida.

—¿Qué le hizo pensar en algo raro? —inquirió el propio Alan — . ¿Había algo en mi mensaje que despertó sus sospechas?

—Sí, desde el principio. Cuando usted habló de la aparición de Tumu, que no era casual ni mucho menos. Y después, cuando dijo que era marciano y supo ver, telepáticamente, lo que pasaba en el interior de la caja blindada del banco.

—¿ Fue eso lo que le orientó?

—Sí. Yo sabía que los marcianos, en general, y algunos en particular, poseen poderes especiales de orden mental. Naturalmente, Tumu era una excepción.

—¡El muy granuja!

—Tumu pensó, desde el primer momento, en apoderarse de la totalidad del oro, convirtiéndose en un hombre rico. Pudo haberlos matado…

—¿Porqué no lo hizo?

—Porque no podía evitar el uso de las potencias que poseía… Hubiese sido incapaz de eliminarles sencillamente… Cuando poseía métodos que le harían gozar hasta lo inimaginable…

—Es natural…

—Por eso ideó toda la compleja tramoya… Desde el principio, hizo creer a todos que el profesor les había engañado, vendiéndoles una astronave con dispositivo «fotónico»…

—¡Creíamos estar fuera del Sistema Solar!

—Y no llegaron más que a Plutón… Una vez convencidos, él hizo aparecer aquel letrero, creando una primera división de opiniones que era como el terreno abonado para preparar lo demás.

—¡Es fantástico!

—Después, de forma a influir más directamente sobre las mentes de sus compañeros, creó la «ciudad de los brazos»…

—¡Le cogieron a él!

—Era lo que deseaba; desaparecer… Desde lejos, sus maniobras podían realizarse mucho más cómodamente. Además al desaparecer, mellaba la voluntad de Alan, que tenía gran confianza en él.

—Es verdad — djo Well —. Al irse, quedé como anonadado… Porque estaba seguro de que él solo podría ayudarnos.

—¿Y lo de Fred y Harold?

—Fue su primer truco importante…

—¿Cómo lo logró?

—Extrapolación psicotelepática… A partir del momento en que logró apoderarse de las mentes de todos ustedes podía hacer lo que se le antojase. La materia estaba en sus manos y podía modificarla a su

capricho…

—¡Nosotros vimos que Fred y Harold se fundían!

—Lo que ocurrió, sencillamente, es que Tumu dio rienda suelta a los subconscientes de cada uno.

—No comprendo…

—Es muy sencillo. Todos ustedes saben que bajo nuestra conciencia, los deseos se incuban, libremente. Y que es el «super yo» el que controla esas ideas, impidiendo que se manifiesten.

—¿Tumu anuló el «super-yo»?

—Exactamente…

—¿Y nosotros…?

—Al hacerlo, dio salida a los deseos del inconsciente de cada uno. Liberados, los deseos se corporizaron.

—¿Cómo ocurrió?

—Sencillamente. Tomemos a Fred…

El enano miró fijamente al joven.

—Fred se sentía inferior… sobre todo ante la poderosa personalidad de Harold, al que conquistó fácilmente… Luego apareció el antagonismo con Mark…

«Evidentemente, Fred necesitaba ser fuerte, para evitar que Oían se llevase todo el oro. Por eso Fred y Harold se fundieron.

—¿Por qué venció Fred?

—Porque su personalidad era más fuerte que la de Harold… Por eso los deseos liberados lograron que la personalidad de Harold desapareciese y que nuestro obeso amigo se dividiese en cinco Freds, que ya podían enfrentarse con Mark, sin temerle.

—Es tremendo.

—Mark, por su parte, debía reaccionar ante la nueva situación creada. Y lo hizo.

—¡Convirtiéndose en un horrible monstruo!

—¿Porqué?

—Porque deseaba regresar a la Tierra con el oro. Lo hubiese conseguido fácilmente, haciéndose pasar por el capitán o por Templer,,. Yo le estorbé, al aparecer con Sonia.

»EI Alan Well que vimos era él, que deseaba conocer mis poderes y ver hasta dónde podía llegar... antes de destruirme.

—¿Cómo se dio cuenta?

—A! llegar a la astronave y hablarle del oro, él cayó en la trampa y me dijo que lo deseaba. Asustado, hizo aparecer una luminosidad y se llevó a Sonia. Aquello no me preocupó.

—Gracias, querido,

—No te enfades, Sonia. Yo sabía que no iba a pasarte nada... Después me envió a Mark, al que vencí con un poco de telehipnotismo... Lo de los enanos fue un poco más difícil; pero también lo conseguí...

—¿Y lo nuestro, querido?

—También me di cuenta de la trampa, aunque un poco demasiado tarde... De tal manera, que casi lo pierdo todo.

—¿Es posible? ¿Creíste que era yo?

—Sí.

Hubo un silencio.

—Yo estaba casi completamente convencido de que el marciano había tomado la personalidad del comandante Dalton... Tenía tres personas conocidas ante mí... ¡y no sabía quién era mi enemigo!

—¿Cómo lo supiste, Frank?

Opperheim sonrió.

—Muy fácilmente, querida... y gracias a ti.

—¿Cómo se entiende?

—Antes de salir del «Aigle» me abrazaste, ¿recuerdas?

Ella se sonrojó, balbuciendo:

—Sí…

—Sólo entonces me fijé que tus ojos, que ya sabía que eran azules, tenían una pupila verdosa… Eso fue lo que me salvó, ya que la suplantación que hizo el marciano fue tan rápida que olvidó ese pequeño detalle.

Después me liberaste en la astronave, donde ese malvado me había encerrado… ¡Qué miedo pasé!

EPÍLOGO

El lujoso vehículo se detuvo ante el portalón de la penitenciaría londinense.

Imponente, como siempre, míster Templer descendió del coche, penetrando en tromba y no deteniéndose hasta encontrarse en el interior del despacho del director. Este se puso en pie.

—¡Buenos días, señor!

¿Qué hay de mis recomendados, míster Wallace? —Verá usted…

—¡Yo no veré nada!

—¿Qué quiere decir, míster Templer?

—Que lo único que voy a ver es la libertad inmediata de todos ellos, ¿entendido?

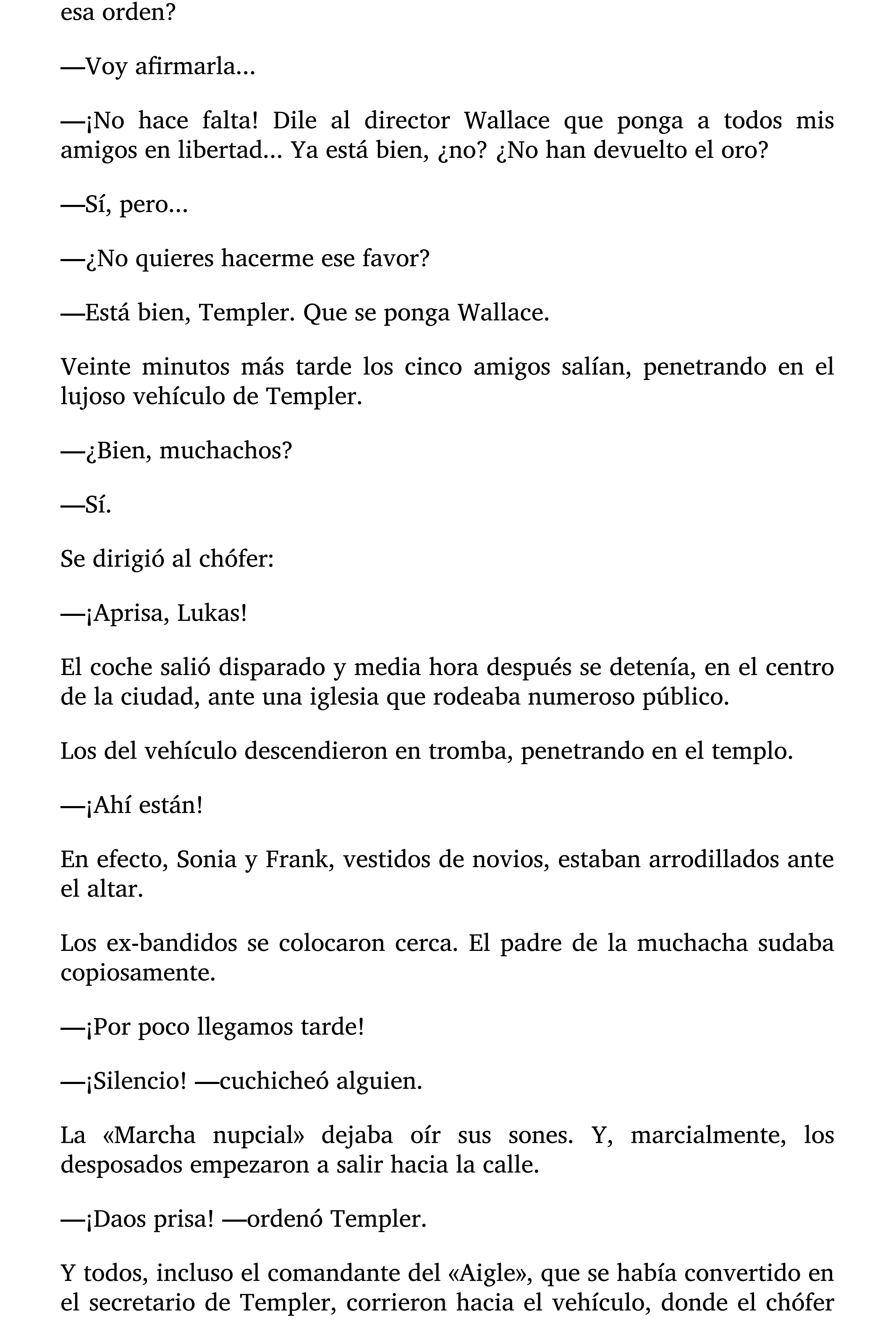
—Es que la orden no ha llegado…

—¡Pero he llegado yo! ¡ Déme el teléfono!

Y arrancándolo de las manos del otro preguntó:

—¿Ministro de Justicia? Esperó unos instantes.

—¿Eres tú, Edward? ¿Que desde dónde te llamo? Desde la prisión… ¿Y



esa orden?

—Voy afirmarla…

—¡No hace falta! Dile al director Wallace que ponga a todos mis amigos en libertad… Ya está bien, ¿no? ¿No han devuelto el oro?

—Sí, pero…

—¿No quieres hacerme ese favor?

—Está bien, Templer. Que se ponga Wallace.

Veinte minutos más tarde los cinco amigos salían, penetrando en el lujoso vehículo de Templer.

—¿Bien, muchachos?

—Sí.

Se dirigió al chófer:

—¡Aprisa, Lukas!

El coche salió disparado y media hora después se detenía, en el centro de la ciudad, ante una iglesia que rodeaba numeroso público.

Los del vehículo descendieron en tromba, penetrando en el templo.

—¡Ahí están!

En efecto, Sonia y Frank, vestidos de novios, estaban arrodillados ante el altar.

Los ex-bandidos se colocaron cerca. El padre de la muchacha sudaba copiosamente.

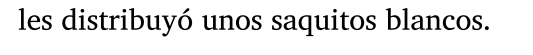
—¡Por poco llegamos tarde!

—¡Silencio! —cuchicheó alguien.

La «Marcha nupcial» dejaba oír sus sones. Y, marcialmente, los desposados empezaron a salir hacia la calle.

—¡Daos prisa! —ordenó Templer.

Y todos, incluso el comandante del «Aigle», que se había convertido en el secretario de Templer, corrieron hacia el vehículo, donde el chófer


les distribuyó unos saquitos blancos.

—¡Vamos!

Una lluvia de arroz cayó sobre los jóvenes.

Y cuando un periodista curioso y malintencionado se acercó a ellos preguntando a Frank:

—¿Es verdad que pasarán la luna de miel en Plutón?

Harold le aplastó el sombrero de un manotazo. Y Fred, que no llegaba a aquella altura, le propinó un puntapié en la tibia derecha.

El arroz seguía cayendo como una nevada que la amistad y el buen deseo creasen entre los hombres…

FIN

[1] Actor infantil del cine «mudo», allá por el año 1920, célebre por su desmesurada obesidad. Pertenecía a una cuadrilla cinematográfica de chicos conocida como «La Pandilla».